

LA CARTERA CUBANA.

NOVIEMBRE.—1839.

SECCION PRIMERA.

CIENCIAS.

Constitucion médica precedida de observaciones meteorológicas.

MES de Set.	BAROMETRO Francés.			TERMOMETRO DE Fahrenheit.			HIGROMETRO DE Saussure.		
	8 de la mañana.	2 de la tarde.	8 de la noche.	8 de la mañana.	2 de la tarde.	8 de la noche.	8 de la mañana.	2 de la tarde.	8 de la noche.
1	27p.66	27p.60	27p.62	82°	86°	84°	68°	60°	71°
2	.. 70	.. 64	.. 64	81	86	83	72	63	72
3	.. 64	.. 58	.. 66	81	85	81	71	67	75
4	.. 64	.. 63	.. 65	80	83	80	70	72	72
5	.. 70	.. 69	.. 71	81	85	84	73	69	72
6	.. 67	.. 67	.. 69	82	86	80	69	67	71
7	.. 66	.. 62	.. 66	82	86	83	68	65	70
8	.. 66	.. 62	.. 64	82	86	83	68	65	68
9	.. 64	.. 63	.. 66	82	85	84	68	64	67
10	.. 67	.. 65	.. 67	82	86	85	68	64	73
11	.. 69	.. 66	.. 67	82	86	83	71	65	69
12	.. 67	.. 64	.. 65	82	86	84	69	67	69
13	.. 65	.. 62	.. 64	82	83	80	72	67	72
14	.. 67	.. 65	.. 66	80	84	80	67	60	73
15	.. 68	.. 66	.. 66	81	84	81	74	69	74
16	.. 68	.. 66	.. 67	81	84	81	74	69	74
17	.. 69	.. 67	.. 69	81	85	82	73	67	75
18	.. 66	.. 60	.. 65	80	84	85	74	69	75
19	.. 67	.. 59	.. 63	80	83	80	71	50	74
20	.. 68	.. 64	.. 64	80	82	85	68	73	75
21	.. 67	.. 64	.. 65	79	80	81	73	73	73
22	.. 65	.. 65	.. 67	79	80	81	73	65	73
23	.. 68	.. 66	.. 68	81	85	81	74	64	73
24	.. 70	.. 66	.. 68	80	85	83	74	60	73
25	.. 73	.. 66	.. 68	82	86	83	70	64	71
26	.. 73	.. 65	.. 67	82	86	83	70	64	71
27	.. 69	.. 58	.. 65	81	86	84	71	65	71
28	.. 64	.. 52	.. 65	82	86	82	73	66	71
29	.. 63 65	82	86	82	73	66	71
30	.. 63 65	82	86	82	73	66	71

NUBARRONES.—El 4 de cuando en cuando; el 7 de 2 a 4 de la tarde; casi todo el 13, casi todo el 19, 20 y 21.—LLOVIZNAS.—El 1° a la 1 del día y por la tardecita. el 3 a las 8 de a noche. el 13 de 6 a 7 de la mañana y de 5 a 6 de la tarde. el 17 a las 6 de idem. el 20 a las 3 de idem. el 21 idem y el 29 a las 9 de la noche y en la misma de cuando en cuando.—CHUBASCOS.—El 2 por la tarde. el 3 al oscurecer. el 16 en la madrugada y a 8 de la noche. el 18 a 14 del día. el 21 a la 1 de idem y el 30 a las 6 de idem.—AGUACEROS.—El 3 de 2 de la tarde con ventarrones hasta las 8 de la noche con poca interrupción. el 8 con sol de 3 a 4. el 10 a 2 de la tarde con truenos. el 15 a 7 de la noche. el 19 a 2 de la tarde y el 22 al oscurecer.

ESTADO DE Hospitales.

MES DE SETIEMBRE DE 1839				
ENFERMEDADES	S. Ambrosio	San Juan de Dios.		S. Francisco de Paula.
		Pagos.	Particul.	
MEDICINA.				
Manía.....	..	1	1	..
Apoplejía.....	2	..	3	..
Epilepsia y convulsiones.....	1	1
Parálisis.....	2	2
Tétanos.....	..	1
Anginas.....	13	1
Gastritis agudas con fiebre.....	8	9	40	4
Idem crónicas.....	3	..	7	..
Tifo intertropical.....	129	..	14	3
Fiebres intermitentes.....	27	4	24	..
Reumatismos.....	8	4	21	..
Bronquitis.....	73	15	16	..
Hemoptisis.....	4
Pleuritis.....	..	1
Neumonitis crónicas.....	11	8
Asma.....	10	..	1	..
Afectos del corazón.....
Colitis nerviosa.....	4
Idem diarreica.....	..	1	1	..
Idem disenterica.....	20	1	16	..
Ictero.....	..	1	1	..
Obstrucciones.....	8	1	1	1
Nefritis simples.....	2
Cistitis.....	1	..
Metritis.....	3
Viruelas.....	1
Escarlatina.....	6
Sífilis y dolores osteocopos.....	53	1	3	..
Hidropesía.....	4	..	3	1
Escorbuto.....	15
Anemia.....	3
QUIRURGIA.				
Contusiones.....	3	4
Fracturas.....	2	2	1	..
Heridas de armas blancas.....	1	16
Tumores simples.....	20	8	4	..
Lupias.....	2
Bubones.....	32	1	4	..
Fimosis y paraquimosis.....	36
Uretritis.....	34	2
Catarros vexicales.....	8	..	1	..
Orquitis.....
Hemorroides.....	1	..	1	..
Hidroceles.....	2
Úlceras y pústulas venéreas.....	27	4	3	2
Idem cancerosas.....	5	1
Idem subinflamatorias.....	16	6	10	..
Oftalmías agudas.....	18
Idem crónicas.....	33	1
Erupciones.....	14	10	1	..
Erisipelas.....	4	1	5	..
Fístulas del ano.....	2	1
Hernias.....	3	..	1	..
Total general.....	663	96	197	30

HOSPITALES.

S. AMBROSIO.

Existencia en 1º de setiembre de 1839.	433	}	1101
Entraron en dicho mes	663		
Se curaron	672	}	706
Fallecieron.	34		

Quedaron para 1º de octubre. 395

La mortandad estuvo á razon de 3, 10 por 100.

S. JUAN DE DIOS.

Existencia en 1º de setiembre	291	}	584
Entraron en dicho mes.	293		
Se curaron	222	}	278
Fallecieron.	56		

Quedaron para 1º de octubre. 306

La mortandad estuvo á razon de 9, 59 por 100.

S. FRANCISCO DE PAULA.

Existencia en 1º de setiembre	144	}	174
Entraron en dicho mes.	30		
Se curaron	19	}	27
Fallecieron.	8		

Quedaron para 1º de octubre. 147

La mortandad estuvo á razon de 4, 60 por 100.

RESUMEN.

De estos estados y de la práctica de los facultativos de la Habana, se deduce, que en setiembre reinaron las enfermedades siguientes: el orden en que se colocan, indica su mayor ó menor predominio.

Setiembre.

Gastritis agudas con fiebre.—Fiebres intermitentes perniciosas.—Bronquitis.—Reumatismos.—Diarreas.

Observaciones prácticas.

Los fenómenos nerviosos continúan presentándose y dando á las fiebres el carácter de graves. Con especialidad las intermitentes descuidadas, aterran al inesperto, y no se oyen sino las voces ¡*fiebre cerebral! fiebre cerebral!* Es una buena salida para ocultar la ignorancia del facultativo: aterrará al público y equivale al antiguo dicho ¡*fiebre maligna!* Con aquella espresion, bien puede morir el enfermo: la familia no culpará su doctorazo, pues en contra de aquel mal no hay remedio.

¿Y es posible que en el año 39 se diga todavía *fiebre cerebral*? No hay un médico de dos dedos de entendimiento que no se burle de esta espresion, prueba convincente de la impericia del que la usa. Cuando el inmortal Pinel sacó la medicina del caos en que yacía, demostró que la ignorancia del siglo dimanaba de la infinidad de fiebres esenciales que se admitían: que era un error tener por tales á las que dependían de la inflamacion de un órgano, y que el nombre debía indicar el mal y no el síntoma. Esplicó aquel sabio como la vejiga inflamada producía la *fiebre urinaria*, y la nombró *cistitis*; como el hígado inflamado producía fiebre, y debía llamarse *hepatitis*; como el estómago en iguales casos daba la *gastritis*; como el cerebro ó sus membranas y la médula, producían la *encefalitis*, la *meningitis*, la *mielitis*; y como, en fin, era absurdo tener aquella nomenclatura que indicaba la ignorancia del órgano afecto. Tan solo dejó *seis fiebres esenciales*, que no podía referir á ningún órgano. Mr. Broussais lo hizo, y de aquí su gloria. ¿Cómo pues ha de haber *fiebre cerebral*?

Confesémoslo sin disimulo: no se estudia el cerebro, ni la médula, ni sus membranas; apenas si se saben sus nombres! Desconociendo las funciones de sus distintas partes, sus relaciones con las otras, sus infinitos modos de afectarse; se inventa una palabra, y la *fiebre cerebral* lo cubre todo. ¡Y estos hombres se rien de los frénologistas! *Reirá bien quien reirá el último*, como dicen los franceses, ó *al freir será el reir*, como decimos nosotros.

Aseguramos que en nuestra práctica, la cual no es tan escasa que digamos, hemos tenido muchos enfermos de fiebres graves; á saber: gastro-enteritis con predominio de gastritis ó ataxia, con predominio de enteritis ó adinamia; intermitentes con fenómenos nerviosos, ó fiebres perniciosas; gastritis con predominio de periferitis cerebral superior, inferior ó anterior, con poca fiebre, delirio, convulsiones &c.; y en ninguna parte, ni en las salas llenas del hospital que servimos, hemos visto mas que lesiones de órganos, nunca al fantasma FIEBRE CEREBRAL.

Se han enterrado en el cementerio general en todo el mes de setiembre:

	ADULTOS.	PARVULOS.
Blancos.. . . .	174	60
De color.	104	54
Sumas parciales.	278	114
Total general.	392	

FILOSOFIA.

ECLECTICISMO.

Estudio sobre la conciencia.

Para el que no lleve cuenta, en la clasificacion de los hechos, sino de las semejanzas ó diferencias esenciales que en ellos se noten, los hechos de la conciencia se reducen solamente á tres: *sentir, pensar y obrar*. Sin duda, la sensibilidad tiene diversos modos, y así la inteligencia, y así tambien la actividad. Ejemplo: en la sensibilidad incluimos la sensacion propiamente tal, el sentimiento, las afecciones, el deseo, la pasion &c. Y á que se halla el carácter afectivo en cada uno de estos modos, en el fondo de cada variedad? Lo mismo sucede con la inteligencia, ya se trate de percepciones ó de concepciones ó juicios ó racionios ó memoria.

&c., porqué todos estos hechos, aunque diversos, tienen una esencia comun, el pensamiento: otro tanto decimos de la actividad. Sea espontánea ó reflexiva, bajo estas diferentes formas, conserva siempre su carácter propio. En suma, la vida intelectual y moral del hombre, está toda entera en *la sensacion, el pensamiento y la accion*.

Vano sería cualquier esfuerzo por reducir el sentir al pensar, ó el pensar al sentir, ó el obrar al sentir ó al pensar, porqué media una diferencia, no de forma ni de grados, antes de naturaleza. Sentir equivale á sufrir ó gozar, y el pensamiento nada tiene de comun en esto. ¿Y obrar? Tampoco, pues obrar para mí es crear ó producir, es ser *causa*. Yo, mientras que el sentir y el pensar suponen, en mí, solo un *sujeto* que recibe la sensacion y el pensamiento. La accion revela una causa, y para producirse no se ha menester inmediatamente mas que de un solo término; el *yo*. Así la accion voluntaria no viene directamente sino del *yo*, y puede darse independiente de toda impresion exterior, al paso que la sensacion y el pensamiento suponen dos términos, un *sujeto* y un *objeto*, un *yo* y algo que no sea *yo*: lo cual pone en claro, que la accion interior y voluntaria es un fenómeno simple, mientras que la sensacion y el pensamiento anuncian relacion. Luego si estos tres hechos son esencialmente distintos, por lo mismo son primitivos. Ni la sensibilidad engendra la inteligencia ni la actividad, aunque pueda preceder á una y á otra. La mera sucesion no pasa jamás á ser la relacion genealógica de causa y efecto.

Ahora bien, ¿estos tres hechos de la conciencia se presentan cada uno por su lado, de una manera independiente y solitaria? Mas claro todavía. ¿Viene la sensacion sin venir el pensamiento, y el pensamiento sin la actividad? No..... Distinga la ciencia, separe, aisle, clasifique, hace bien; porqué el análisis lo esclarece todo; pero la conciencia en realidad es una síntesis, cuya vida está en el maravilloso conjunto de sus elementos. Desprender la sensacion del pensamiento y la actividad ó á la inversa, es quedarse en abstracciones.

Abro un libro y leo. Este hecho es compuesto y vamos á inquirir sus elementos. Si mis manos no cogen el libro, si no abro y pongo los ojos en tal ó cual página, no habrá modo de percibir las letras. Aquí se hecha de ver la necesidad de los sentidos: como de un instrumento le han servido al espíritu, pero nada mas, puesto que ni la mano que tocó el libro percibió, ni los ojos conocen las letras. Pe-

ro ¿á qué coger el libro y abrir los ojos, si el espíritu está con la atencion en otras cosas? Por de contado que no leeré. Luego la atencion que es la voluntad, ó sea la actividad, entra como condicion.

Y no hay conciencia sin actividad, por cuanto á que la actividad es su principio, y la conciencia sale del *yo* solamente. A pesar del *Yo conscius sui*, aunque no suponga la sensibilidad tan directamente como la percepcion, la supone sin embargo, dado que si no ocurre excitacion exterior no se tiene conciencia. Para distinguir el *yo*, del mundo, es preciso que el espíritu se encuentre con la materia. ¿Y dónde el punto de contacto? El punto es la sensibilidad. Luego hasta en el hecho mismo de la conciencia del *yo* se hallan rastros de la impresion exterior.

No menos se advierte la intervencion de la sensibilidad y de la actividad en las concepciones de la razon. ¡Cuidado con ir á confundir la actividad con la voluntad! Todo pensamiento no trae accion voluntaria, mas al cabo, supone algun grado de actividad interior, so pena de no llegar ninguna percepcion á la conciencia, si así no fuese. Por lo que concierne á la sensibilidad, si bien ella no es la causa eficiente de nuestras concepciones, dá sin embargo margen y ocasion para que la razon las alumbré. Se ha menester que la esperiencia sensible nos ponga en posesion de los cuerpos y del mundo, para que la razon conciba el *tiempo*, el *espacio* y á *Dios*.

Tampoco se verifica la sensacion sin concurrir la inteligencia y algun grado de actividad. ¿No es el *yo* quien tiene conciencia de toda sensacion? Sí: pues la conciencia no es mas que un acto intelectual, y ya está ahí la inteligencia. Además, no hay conciencia de una sensacion, sino con tal que el *yo* tome parte en el fenómeno oponiendo su accion á la accion de las causas exteriores, porque si está distraído degenera la sensacion en mera impresion orgánica, y entonces no hay de ella lo que se llama conciencia.

Por último, la actividad trae implícitamente consigo á la sensibilidad y á la inteligencia. Una cosa es que el *yo* se reconozca libre, y otra que sea independiente de toda condicion sensible é intelectual, porque perpetuamente se quedaría en lo profundo de la conciencia á falta de una sensacion, ó de un pensamiento. Y no vaya á creerse que por manifestarse la actividad del *yo*, bajo la influencia de la actividad, ó de la inteligencia, cesa de ser libre y pierde su naturaleza. Estos dos hechos la provocan, pero sin encade-

narla. Una accion mia tendrá á tal pensamiento, á cual sensacion, por motivo, por ocasion, por condicion; pero jamás ni nunca por causa; la verdadera causa de mi accion soy Yo con mi poder voluntario. Sin embargo, sea lo que sea, la accion no se produce sin la concomitancia de los otros dos hechos, de la vida intelectual y moral.

¡Y qué! se dirá: ¿No puedo yo querer de tal modo, que el acto de mi voluntad no se refiera directa ni indirectamente á una sensacion ó á un pensamiento? Obvia es la respuesta. La voluntad se produce siempre bajo dos formas, ó la de la reflexion ó la del capricho. En el primer caso se divisa el pensamiento. En el segundo, si no se columbra tan á las claras el antecedente, le hay, pues en la vida del *yo*, todo se combina y encadena, sin haber hecho alguno, por oscuro y humilde que sea, que suceda y se produzca solitariamente. Hecho tal, sería un misterio inexplicable. Solo, que el hábito vuelve menos sobresaliente el lazo que une ciertos hechos con los otros de la vida humana, porqué se escapan por su sutileza y fragilidad á la observacion, y pasan, casi sin ser percibidos, en el teatro de la conciencia. La voluntad siempre tiene un antecedente, ó en la sensibilidad ó en la inteligencia. El capricho en Psicología es lo que la casualidad en la explicacion de los fenómenos naturales. Observándose mejor, siempre se muestra una causa oscura, pero real; que demuestra nuestra voluntad.

En el ejemplo citado, el pensamiento viene con la sensibilidad y la actividad. Pues lo mismo sucede con los dos modos mas diversos de la inteligencia. Preguntamos á la percepcion lo que es ella.—Una relacion de dos términos: interior uno, que es el *sujeto* que percibe, y exterior el otro que es el *objeto*. El *sujeto* que percibe no toma posesion del *objeto*, sino por medio de los sentidos, pues por ahí sufre la accion de la naturaleza exterior. Ni basta que el *sujeto* reciba una impresion, porqué si de su parte no pone su accion, no percibe. Así toda percepcion resulta del antagonismo de dos fuerzas que se oponen y encuentran, por medio de la sensibilidad.

Para acabar, todo acto real de conciencia es triple y uno; triple, por cuanto á que contiene *sensacion*, *pensamiento* y *accion*, y uno, porqué siempre de esos tres elementos alguno predomina, y prevalece sobre los demás. ¡Trinidad misteriosa! que ya bajo una forma, ya bajo de otra, así en la ciencia antigua, como en la moderna, se halla en toda explicacion verdadera de la vida.—*Victor Cousin*.

SECCION SEGUNDA.

LITERATURA.

CRITICA.

ELEMENTOS DE GEOGRAFIA,

que comprenden la geognosia, cosmografia, y geografia antigua: escritos espresamente para los institutos de educacion, por don Mariano Dumas Chancel, profesor de este ramo en el Real colegio de San Fernando.— PARTE 1.^a—Geognosia.

Los estraordinarios elogios que ha hecho de esta obra un escritor contemporaneo, nos movieron á desear su lectura y solicitar su adquisicion, á pesar de que en su mismo título y en el anuncio de su venta encontrábamos errores y equivocaciones muy reparables, como son el llamar geognosia á la geografia fisica, que es cosa muy distinta; el suponer que la cosmografia es parte de la geografia, cuando por el contrario, esta ciencia es la *parte* y aquella el *todo*; y el hablar del sistema del mundo *que usan* los modernos, como diverso del copernicano. La hemos leído con reflexion y detenimiento, y sentimos en gran manera la enorme discordancia que aparece entre nuestro juicio y el que dejamos insinuado, porqué gustamos mas de aplaudir aciertos que de censurar yerros, propension de que hemos dado hartas pruebas, y siempre estamos mas inclinados á una graciosa condescendencia que á una rígida severidad. Pero se trata de los sagrados intereses de la instruccion pública, y de un libro escrito *espresamente* para los institutos de educacion, y no nos es permitido guardar silencio.

Antes de principiar esta triste y aborrecida tarea nos ha parecido conveniente hacernos cargo, aunque solo sea

del paso, de algunas doctrinas extrañas que con admiración hemos visto sostener recientemente en materias de crítica literaria. "Creeis, dice un escritor que declama contra la crítica y los anónimos, á pesar de que él mismo se encubre bajo el velo de una anagrama, que quizá imagina indescifrable, "que el público no está cansado de tanto crítico como aparece en la venturosa *Antilla de las letras*. De dónde ha venido tanto insecto *roedor de la sana moral*? Cuál es la parte moral que contienen vuestras críticas y es así como se ilustra? no lo creo: antes bien; se corrompe la moral; se indisponen los ánimos, se cansa el público, y pobres letras, á qué estado de bajeza y de ignominia habeis venido á caer...!"

Por este período, modelo de incorreccion y desaliño, de incoherencia en las ideas, y aun de vicios en la puntuacion, podrán los lectores tomar el pulso al talento agigantado del anticrítico. Para nuestro propósito basta observar que en su contesto muestra bien claramente que ignora el fin y objeto de la crítica, y los grandes servicios que hace á la república de las letras.

"Estudia y después escribe (así se espresa otro escritor) dice el crítico; convengo con el fondo de su idea. ¿Mas quién le ha dicho al crítico que él ha estudiado bastante para darnos ese precepto? Estudia tú mas, y me enseñarás después, le diré yo, y ambos tendremos razon."

No por cierto: el que así se espresa no tiene razon ni media. Para conocer que el que se propone escribir sobre un asunto cualquiera ha de estar instruido, no se necesitan grandes estudios ni mucho discernimiento: este no es precepto de crítica, sino consejo de sana razon y buen juicio.

"Escriba, continúa el mismo, todo el que se sienta con vocacion y disposiciones para hacerlo: la sana crítica le alentará en tan difícil camino, ó le desengañará pronto del error que le ofusca."

Pues bien: este es el fin que nos proponemos en nuestros juicios, alentar á los que tengan *disposiciones*, es decir, *instruccion y talento*, y desengañar del error que le ofusca al que carezca de estas dotes indispensables. Si para alcanzar un objeto bastara la *vocacion*, todos seríamos papas ó emperadores, ó cuando menos, marqueses; pues serán pocos, muy pocos, los que tengan vocacion de labradores ó artesanos.

"Nada de críticas chavacanas, dice otro, peores que las obras sobre que recaen, por muy malas que sean: nada

de esos mal llamados juicios que producen por único resultado la estúpida risa de los idiotas; si la obra es buena no puede haber crítica, si la obra es mala no debe haber crítica; si la obra es mediana y se critica con mesura, está el crítico en su lugar."

Se conoce á tiro de ballesta que todos estos señores respiran por la herida: el último confiesa que hay á lo menos un caso en que la crítica *está en su lugar*; pero no debió haber olvidado que por mucha que sea la mesura y templanza del crítico, el autor de la obra mediana se creará siempre el primer hombre del mundo, y dirá que la crítica es injusta y *chavacana*. Si la obra en cuestion es buena, el crítico celebrará sus aciertos, ponderará sus bellezas, y acelerará el voto tardío de la opinion pública: si la obra es mala, descubrirá sus imperfecciones y calificará sus errores, evitando á los menos advertidos que malgasten su tiempo y su dinero; por manera que toda obra, sea buena, mala ó mediana, puede y debe criticarse, y que esta ocupacion, lejos de merecer la animadversion de las personas honradas é imparciales, es siempre útil y laudable.

El autor de la que es objeto especial de este artículo, procura en su prólogo escusar el *lenguaje sencillo y poca correccion del estilo*, en atencion á la *urgencia perentoria* con que la ha redactado, y ofrece *purgarla* de sus defectos si es bien acogida del público. El lenguaje sencillo, lejos de ser una falta, es un mérito en escritos de esta clase, con tal que sean puros y correctos; mas por lo que toca á este último punto, su escusa no nos parece valedera, y habría hecho mucho mejor en dedicar algunos meses á limar y purificar su libro antes de darle á la prensa: imprimir una obra y corregirla después, es invertir el orden de las cosas, y empezar por el fin.

Ni era tan *perentoria* como quiere dar á entender la *urgencia* en que se encontraba: abundan en esta ciudad excelentes libros de geografia, entré los cuales pudiera haber escogido alguno á propósito para sus discípulos, haciéndole, si acaso no le parecía enteramente á su gusto, las oportunas adiciones; y no escribir precipitadamente un cuaderno, que por bueno que sea, poco puede haberles aprovechado, pues su publicacion se hizo casi al concluir el año escolástico. Tomándose tiempo para meditar el asunto, y *entresacar* lo mejor de cada uno de aquellos, tal vez habría podido hacer alguno, si no capaz de arrinconarlos á todos, á lo menos de pasar entre los adocenados.

El escritor de quien hicimos mencion al principio, dice que este libro no es una *rapsodia*, y precisamente esta malhadada palabra, que se le hubo de presentar varias veces á la imaginacion mientras farfullaba su artículo, es la que mejor le caracteriza. Añade que "tiene toda la originalidad de que son susceptibles unos elementos, y especialmente originalidad en el *modo* y en el *estilo*... es única en su clase por el *modo*. En cuarenta y dos páginas que comprende esta primera parte, se esplica con suma claridad la geognosia, sin omitir una sola definicion."

El autor tambien hace mérito en una nota de la novedad del *método*, y en verdad que por mas vueltas que le hemos dado, no hemos podido descubrir en lo que consiste esa tan decantada novedad. El cuaderno que tenemos á la vista se divide en cuatro secciones: en la primera define la geografia física que confunde (equivocadamente con la geognosia, y trata de la parte sólida del globo, mezclando muy fuera de propósito las nociones geognósticas con las geográficas; en la segunda trata de las aguas; en la tercera, de la atmósfera; en la cuarta, de los climas y estaciones y de la distribucion geográfica de los vegetales y animales. Poniendo estos títulos en orden inverso y sumirviendo el final de la cuarta seccion, que solo contiene ideas vagas y superficiales, este método es el mismo que se sigue en una obra conocida y enseñada en la Habana hace cerca de ocho años.

Pero ya es tiempo de que tratemos de esponer nuestro juicio, probando con los mismos datos que la obra en cuestion nos suministra, que dista mucho de poseer las buenas cualidades que tan generosamente se recomiendan en ella.

Pag. 6. "La misma suposicion hace creer que las aguas llovedizas, destruyendo esta gran obra de los mares, harán con el tiempo que los rios, lagos &c. inunden esta misma tierra por el incremento que cada vez toma el mar con las aguas que continuamente recibe."

Ni en la hipótesis de Buffon, ni en ninguna otra, puede verificarse semejante acontecimiento, por la causa á que el autor le atribuye. El mar pierde por la evaporacion con corta diferencia, unas veces en mas y otras en menos, la misma cantidad de agua que recibe, y así su nivel permanece inalterable. La degradacion de las montañas y la acumulacion sucesiva de arenas y fragmentos de rocas en el fondo del mar, son las causas que en sentir de aquel naturalista producirán en un período futuro la inundacion total del globo, si otras causas mas enérgicas no las contrarestan.

Pág. 8. Comprende dos tablas harto complicadas, que indican *aproximadamente* la proporcion *con* que están distribuídas las tierras y los mares en el globo. Tomando los elementos que estas tablas nos suministran, y haciendo gracia de los errores que pueden ser erratas, resulta la superficie total del globo en leguas cuadradas 25.786,000. El autor se olvidó decirnos de que especie de leguas habla, omision que se observa en todo el resto de su obra, y para remediarla advertiremos, que son francesas de 25 en grado, lo que prueba que no tuvo á la vista materiales muy recientes ni muy selectos, ó que copió sin exámen lo primero que le vino á la mano.

Pág. 9.—“Las montañas son las eminencias mas dignas de consideracion sobre la tierra.” ¡A buen seguro que haya quien le contradiga tan recóndita aseveracion!

Pág. 12.—“Las sustancias simples abrazan 52 elementos y se clasifican con el nombre de ácidos, álcalis, materias combustibles, aceite (que no es combustible), metales y tierras elementales.” Se conoce que el autor no comprende la significacion de las palabras de que hace uso, y por eso amontona tantos yerros en este sucinto pasaje.

Pág. 13.—“La estension que abraza una roca en un plano inferior, se llama *yacimiento*; este es *continuo* cuando aquella excede algunas leguas (á qué?), é *interrumpido* cuando es menor.” No por cierto, sino cuando se interrumpe, cuando no es continuo.

Idem.—“Estos terrenos (primitivos) comprenden el granito, el gneis, la *caliza*, el talco &c.

Pág. 14. “Este estado (secundario) dió origen á las rocas y montañas conocidas bajo el nombre de estratiformes, y son la arenisca, la *caliza*, el yeso, la creta, calamina, carbon y basaltos.”

Aquí vemos á la *caliza* figurando á un mismo tiempo entre los terrenos primitivos y los secundarios: en el párrafo siguiente coloca la *greda*, que es la *cretu* con otro nombre; entre las rocas de acarreo.

Pág. 15. “La isla de Juan Fernandez ha desaparecido [segun la opinion de los navegantes], y se atribuye á una convulsion volcánica.” ¿No nos dirá el autor por vida suya, quén es son los navegantes que tienen opinion tan absurda?

Pág. 17. “Los caballos se asustan cuando se aproxima [el terremoto], como *preveyendo* el espectáculo que se les va á ofrecer.” No, sino previendo los riesgos que los amenazan.

Pág. 18. “Manantiales son unos receptáculos interio-

res que reciben las aguas que destilan de las montañas. ..." Manantial se deriva de *manar*, y no es el receptáculo sino la hendidura por donde este se derrama.

Pág. 20. "Las hoyas de dos rios están por lo regular á corta distancia" Otra equivocacion, que nace como muchas de las anteriores, de no entender bien el autor el sentido de las palabras que emplea. Las cuencas, hoyas ó sistemas hidráulicos de los rios están siempre separadas unas de otras por cordilleras ó desigualdades notables del terreno: de lo contrario se confundirian en una sola; lo mas comun es que sigan direcciones muy divergentes, *aun cuando sus manantiales esten muy inmediatos.*

Idem. "Ebeling y Winterbotham refieren que el rio de Connecticut, en los Estados-Unidos, á 40 leguas de su desembocadura, es comprimido de tal modo entre las rocas, que arrastra pedazos de plomo como si fuera corcho..." Este, con perdon de los señores Ebeling y Winterbotham, es un cuento de viejas. El agua es un liquido incompresible, y así al pasar de un cauce ancho á otro angosto, aumenta su velocidad, sin que su densidad se altere en lo mas minimo, y el pedazo de plomo que se arroje en ella se dirigirá al fondo en ambos casos con igual facilidad, aunque siguiendo una direccion mas ó menos inclinada, segun sea mayor ó menor la corriente. Maravilla es tener que refutar semejantes necedades.

Pág. 21. "Se llaman lagos las porciones de agua rodeadas de tierras y privadas de toda comunicacion directa y visible con algun otro mar." Segun esta definicion, un cántaro de agua es un lago, y otro cántaro de agua es un mar.

Pág. 22. "El mas célebre entre ellos es el Caspio; el Asia tiene el Aral &c." ¿Y el Caspio dónde está? Otros lagos hay mas célebres, aunque no tan grandes como el Caspio.

Idem. "Estos lagos parecen pertenecer á lo interior de los continentes; están en llanuras elevadas, sin inclinacion hacia el mar, lo que les impide abrirse un camino hacia él." Esta es una suposicion enteramente gratuita: el Caspio tiene con cortísima diferencia el mismo nivel que el mar negro. La opinion contraria es precisamente la mas probable.

Pág. 23. "El mar, se puede decir con Valmont de Bomare, que es el inmenso conjunto de agua salada que rodea por todos lados los continentes..." Esto pudo y debió decirse mejor y con mas exactitud sin necesidad de citar á Valmont de Bomare ni á nadie. El mar no es *inmenso*: inmenso

quiere decir, no medido; y el mar no solo está *medido*, sino tambien *pesado*, como pudo haber visto el autor en una obra que ha manejado mucho, aunque lo calla.

Segun lo manifestado hasta aquí, este es poco feliz en definiciones y eleccion de voces; pero en cambio es amigo de cuentos como él solo. En la pág. 25 refiere uno bajo la buena fé de Linschot y Gemelli, á saber, que en ciertos parajes del mar rojo y del golfo pérsico sacan los buzos agua dulce del fondo del mar. Aun dado de barato que en este hubiese marantiales, y que las arenas no los hubiesen cegado hace muchos siglos, el agua dulce, siendo mas ligera que la salada, se mezclaría inmediatamente con esta, y seria mas fácil encontrarla en la superficie que en el fondo.

Pág. 27. "El mar está sujeto á leyes que atrayéndole á su centro, le impulsan hacia la tierra. Este movimiento de sus aguas agitadas por los vientos es lo que se llama *ondulacion*." He aquí un pasajé, cuyo doble ó triple significado no desentrañarán todos los *geognostas* nacidos y por nacer.

Idem. "La diferencia de direccion distingue los movimientos horizontales de los verticales." Cuando el autor sabe lo que dice, es el hombre mas claro del mundo: á renglon seguido ingiere un logogrifo, cuya explicacion remitimos á los que tengan mas tiempo y espacio de que disponer.

Pág. 28. "Dáse el nombre de *olas* al flujo del mar que viene sobre las playas." ¡Buen Dios! ¿Y esto es lo que se celebra, y lo que corria tanta prisa de poner en manos de nuestra interesante juventud? ¡Maestros! si no teneis cosa mejor que enseñarle, dejadla en su feliz ignorancia.

Pág. 29. "En el golfo de Méjico la [corriente] que pasa por el canal de Bahama y corre con una rapidez *increíble* hacia el N. E." Esta corriente es la que llaman los ingleses *gulf-stream*, y su rapidez nada tiene de increíble.

En la pág. 30, y citando al aire las transacciones filosóficas, que comprenden algunos centenares de volúmenes, háy otro cuento mas gracioso si cabe, que los ya citados, y es el modo de amarrar un buque en alta mar con un cable y un escandallo, descubrimiento que recomendamos á los navegantes; pero no á los que *opinan* que la isla de Juan Fernandez ha desaparecido como las naranjas entre las manos de Mr. Sutton.

Pág. 33. "La *inmensa* cantidad de partículas de que se descargan los cuerpos terrestres por la *evaporacion*, se levanta en el aire bajo la forma de *vapores*." Esta explicacion merece una gala por su elegancia y exactitud. Ya dejamos no-

tado que el uso frecuente de espresiones vagas é indefinidas, como *inmenso*, *increíble*, los *polos*, por los mares ó las regiones circumpolares, y otras semejantes, son el recurso de la ignorancia y una peste en libros elementales.

Pág. 34. "Estrellas volantes *es* la refraccion de la luz en nuestra vista, que nos hace parecer que las estrellas corren en el cielo." Imposible nos parece que tan tremendos desatinos se escriban y se encomien en medio de un pueblo culto.

El autor cita en su prólogo á Malte-Brun, Werner, Cisneros, Cañaveras, Nuñez Arenas, Letronne &c., á quienes dice que ha seguido en la composicion de su obra: olvidose de nombrar á un escritor mas conocido en este país, cuyo trabajo estropea y desfigura, y será forzoso que nosotros reparemos este olvido, á cuyo efecto cotejaremos algunos párrafos de su obra con los que les corresponden en los *Nuevos elementos de geografia astronómica, fisica y política*, publicados en 1832 por don Juan Justo Reyes, libro que ya cuenta tres ediciones.

Reyes.

Llanura es el terreno igual y desembarazado en que la vista puede dilatarse sin obstáculo por todas partes.

Dumas Chancel.

Llanuras son los terrenos planos y desembarazados de obstáculos.

La naturaleza no presenta llanuras semejantes á las de la segunda columna.

Valle ó cañada es la porcion de tierra baja comprendida entre dos montes.

Valle es una llanura rodeada de montes; dos son sus clasificaciones.

Todas las llanuras rodeadas de montes no son valles.

Lago es un depósito considerable y permanente de agua, que solo tiene comunicacion visible con el mar por el intermedio de algun rio.

Se llaman lagos las porciones de agua, rodeadas de tierras y privadas de toda comunicacion directa y visible con otro mar.

Además de los defectos que ya notamos en la definicion de la segunda columna, la palabra *directa*, mal introducida en ella, acaba de echarla á perder.

Estas aguas [que filtrando por las hendiduras de los peñascos, se reunen en grandes depósitos subterráneos y alimentan los manantiales y fuentes], corriendo siempre hacia

Las aguas de los manantiales y los velos derretidos de las montañas forman pequeñas corrientes, mas ó menos tranquilas, que se llaman arroyos; la reunion de estas cor-

Reyes.

los terrenos inferiores, forman arroyos y riachuelos que reunidos á otros componen rios de mediano volumen, y estos dan origen á los mas caudalosos que van á desembocar en el océano ó en sus golfos, ó en los grandes lagos situados en el interior de los continentes.

La esplicacion de la segunda columna es insuficiente y mezquina, y está cargada de accesorios inoportunos.

Se da el nombre de mareas á las elevaciones y depresiones de las aguas del mar que se suceden segun un orden regular y constante. La mayor elevacion de las aguas se llama pleamar, y la mayor depresion se denomina bajamar &c.

La causa de las mareas es la atraccion del sol y la luna sobre nuestro planeta; pero su principal agente es este último astro: *cundo las aguas del océano se elevan doce piés*, la accion de la luna entra por $9\frac{3}{4}$, y la del sol por $2\frac{1}{4}$.

Las mayores mareas de cada mes se verifican en los novilunios y plenilunios, y las menores en las cuadraturas.

La segunda columna contiene acerca de las mareas lastimosos despropósitos, y eso que no los trasladamos todos. Las mareas no son *oscilaciones*, sino elevaciones y depresiones de la masa entera del océano; y aunque en rigor se puede atribuir alguna influencia en ellas á varios de los planetas principales, su efectos son inapreciables y solo se cuenta con la atraccion del sol y la luna, cuyas fuerzas se hallan en razon de $2\frac{1}{4}$ á $9\frac{3}{4}$, ó sea en la de 3 á 13, de ma-

Dumas Chancel.

rientes forman los rios tributarios, que siguiendo las inclinaciones y desigualdades del terreno, se juntan en un gran canal llamado tambien rio que lleva ordinariamente al mar el *tributo de la tierra*.

Mareas son las *oscilaciones* regulares y periódicas que sufre el mar por la atraccion de *los astros*, y particularmente por la del sol y la luna: son dos estos grandes movimientos por los cuales el mar se eleva y baja alternativamente dos veces al dia, *corriendo del ecuador hacia los polos y retrocediendo de los polos hacia el ecuador* &c. Newton ha calculado que la fuerza atractiva del sol podía elevar las aguas dos piés; que la accion de la luna podía valuar en diez; y que así las fuerzas combinadas de estos astros tenían la suficiente atraccion para hacerlas subir doce piés. Las mareas son mayores y *mas rápidas* en cada mes *cerca de las dos grandes cuadraturas*.

nera que es inexacto decir que estas fuerzas reunidas producen una elevacion de doce piés. Cuando las aguas se elevan 52 piés, como sucede en S. Maló, la accion del sol entra por $9\frac{1}{4}$ y la de la luna por $42\frac{1}{4}$. Es un error intolerable el suponer que el flujo corre del ecuador hacia los polos, y en sentido inverso el reflujo. El flujo no es mas que la *inchazon* de las aguas, las cuales corren hacia donde encuentran mas facilidad, sea hacia el N. hacia el S., el E. ó el O.; recogién dose después en direccion opuesta durante el reflujo.

Lo de las *dos grandes cuadraturas*, y lo de ser en ellas mas *rápidas* las mareas, nos muestra cuan peligroso es hablar de cosas que no se entienden.

Reyes.

Corriente es el movimiento horizontal y progresivo que tiene el agua del mar en diferentes parajes: la causa principal de las corrientes es la tendencia del agua á restablecer el equilibrio, que se altera sin cesar por la evaporacion, por la fusion de los yelos polares, y por los vientos.

Dumas Chancel.

Corriente es el movimiento horizontal y progresivo que tiene el agua del mar en diferentes parajes: la causa principal de las corrientes es la tendencia del agua á restablecer el equilibrio, que se altera sin cesar por la evaporacion *del sol*, por la fusion de los yelos polares, y por los vientos.

Aquí la copia es idéntica con el original; pero al copista se le antojó añadir una pincelada de propio marte, y lo echó todo á rodar. La *evaporacion del sol* tiene tanto que hacer con las corrientes como con las témporas del año.

Atmósfera terrestre es el conjunto de fluídos elásticos que rodean nuestro globo, y en los cuales vivimos sumergidos como los peces en el agua. Su altura se regula en unas $13\frac{1}{2}$ leguas.

Por atmósfera se entiende el conjunto de fluídos elásticos que rodean nuestro globo y en los cuales vivimos sumergidos. La altura media de la atmósfera es de 15 á 20 leguas.

La palabra fenómeno designa en general los efectos que observamos en la naturaleza: los que se producen especialmente en la atmósfera se llaman meteoros. Los meteoros se pueden dividir en cuatro clases, y son: acuosos, luminosos, ígneos y aéreos.

Los fenómenos que se observan en la atmósfera se llaman meteoros; y meteorología, la ciencia que trata de las causas y demás circunstancias de los meteoros. Son cuatro las clases de meteoros; acuosos, luminosos, *eléctricos* ó ígneos y aéreos.

Una nueva pincelada añadida al cuadro ha vuelto á desfigurarle. La electricidad representa un gran papel en la produccion de los meteoros de toda especie, y así no hay razon para llamar eléctricos á unos con preferencia á los otros.

Reyes.

Dumas Chancel.

Las nubes se componen de vesículas ó glóbulos huecos de vapor cargados de fluido eléctrico, el cual impide que las vesículas se reunan y descien-
dan en lluvias.

Nubes son unas vesículas ó globos huecos de vapor, cargados de fluido eléctrico, que impide que descendan en lluvias.

La niebla es la nube que descende sin descomponerse hasta la superficie de la tierra, por no poder sostenerse en el aire.

Nieblas, son las nubes que descenden sin descomponerse hasta *cerca de* la superficie de la tierra.

Con perdon del moderno Orbaneja, las nubes no son *vesículas* ni las vesículas son *globos*: las nubes son *agregados* de glóbulos ó vesículas. Las nieblas no descenden hasta *cerca* de la superficie de la tierra, sino hasta la misma superficie: poco entiende de nieblas el que no se haya visto muchas veces envuelto en ellas.

La lluvia es el descenso de los vapores reunidos en gotas por efecto del enfriamiento de la atmósfera que condensa los glóbulos y disipa el fluido eléctrico que contenían. Si el enfriamiento del aire crece con rapidez en el momento de formarse la lluvia, las gotas se endurecen y congelan, y producen el granizo.

Lluvia, es el descenso de los vapores reunidos en gotas por efecto del enfriamiento de la atmósfera.

El rocío proviene del agua disuelta en el aire, la cual se adhiere á la superficie de los cuerpos que tienen mas afinidad con ella, y cuya temperatura es inferior á la de la atmósfera.

Granizo, es cuando las gotas se endurecen y congelan por la rapidez con que crece el enfriamiento del aire.

La escarcha es el rocío congelado, lo cual acaece cuando la temperatura de la tierra es inferior á cero grados.

Rocío, es el agua disuelta en el aire, la cual se adhiere á los cuerpos que tienen mas afinidad con ella.

Escarcha es el rocío congelado.

Se ve con evidencia que las definiciones de la segunda columna son fragmentos imperfectos y diminutos de las originales, estampadas en la primera.

Reyes.

Se cree que el lumínico es una emanacion del sol y las estrellas fijas, y que la luz es el efecto de su accion sobre nuestros órganos.

Los rayos luminosos se mueven en línea recta en el vacío, ó en medios de densidad uniforme: si pasan de un medio á otro de diferente densidad, se doblan, y este efecto se llama refraccion.

El lumínico no es un cuerpo simple: cada rayo de luz es un manojo de siete rayos de los colores siguientes &c.

De las tres últimas definiciones, la primera es incompleta; la segunda errónea y desaliñada: la tercera contiene errores tan graves que se hacen increíbles.

Por el mismo estilo continúa el señor Dumas Chancel desfigurando y pervirtiendo en el resto de esta seccion al autor que copia sin entenderle: clasifica al rayo solar entre los meteoros; dice de los monzones *que seis meses soplan borrascosos y otros seis suaves*; en fin, acumula tantos yerros en poco mas de dos páginas, que se se necesitaría mucho tiempo y papel solo para indicarlos.

Todo lo que amontona en el resto de esta seccion y en la cuarta, acerca de la temperatura de la atmósfera, de las estaciones físicas y de los climas, está copiado y lastimosamente adulterado de la página 52 y siguientes de la antecitada obra del señor Reyes.

Lejos de contener, como se ha dicho, el cuaderno de que hablamos, todas las definiciones de la ciencia, faltan en él muchísimas, y las pocas que se encuentran son incompletas ó erróneas. Carece además de una multitud de nociones indispensables: nada dice sobre la naturaleza del aire y del agua y sobre la composicion de la atmósfera; nada sobre el origen de la nieve y formacion del yelo que tan activa parte tiene en los fenómenos geognósticos; nada en fin, sobre los cuerpos imponderables, primer agente en el gran

Dumas Chancel.

El lumínico se cree ser una emanacion del sol y de las estrellas fijas.

Los rayos *solares* pasando de regiones enrarecidas á otras mas densas experimentan una inflexion ó mas bien un desvío de su camino directo, que se llama refraccion.

Rayo solar, es el conjunto de siete rayos de diferentes colores, que se observa algunas noches de tiempo sereno en las regiones polares y que se cree que provenga de los rayos del sol.

laboratorio de la naturaleza. Algunos estrañarán la dureza y severidad de este juicio: otros quizá clamarán á grito herido, y repetirán que el autor es un jóven de 18 años, y que nuestros escritos desaniman á la juventud estudiosa. Si en lugar de esta mal coordinada rapsodia nos hubiese ofrecido con modestia y decoro el fruto de estudios sólidos y metódicos, sin la ridícula presuncion de erigirse en maestro á la edad de 18 años, seríamos los primeros á elogiar su aplicacion y disimular sus yerros. Pero como en lugar de observar esta conducta prudente y juiciosa, se han enjarretado precipitadamente unos cuantos párrafos tomados de aquí y de allí, se han dado á la prensa sin lima ni correccion, se les han prodigado elogios falaces, y se ha descubierto un deseo vehemente de que se introduzcan en los institutos de educacion, hemos creído hacer un servicio al país diciéndole la verdad.

PALABRAS DE DOBLE SIGNIFICACION.

En uno de los cuadernos precedentes de esta obra se hicieron algunas observaciones acerca de la importancia de distinguir bien la doble significacion que tienen varias palabras de nuestro idioma, y se puso por ejemplo la voz *rey*, que significando en la antigua Persia un poderoso Monarca, servía en Atenas para designar un magistrado electivo: igualmente se manifestó el contraste que en nuestros dias produce la misma palabra aplicada v. g. al *rey* de Prusia [que por distraccion del cajista y del corrector resultó Persia] y al de Portugal, que no es propiamente hablando mas que el marido de la *reina*.

Esta última voz comprende significaciones mas divergentes, y hasta contradictorias. Ana Bolena y su hija Isabel se llamaron *reinas* de Inglaterra; mas la primera, víctima inocente de una acusacion calumniosa, no tuvo poder suficiente para substraerse á su triste destino, al paso que la segunda dominó soberanamente á su país, y dirigió durante un reinado tan largo como glorioso la política de la Europa continental. La causa de esta diferencia es que la una se llamaba *reina* solo por ser esposa de un rey, y la otra lo

era por sucesion legítima. Isabel fué un rey femenino, como lo es en el dia Victoria en el propio país, la cual cuando se case tendrá por primer súbdito á su marido, y podrá tratarle del modo que lo hacía la reina Ana con el príncipe de Dinamarca, á quien mandaba arrestar en su cuarto ó en el cuartel de guardias cuando no estaba satisfecha de su cariño. He aquí tambien porqué los húngaros esclamaron llenos de razon y sensatez: *vivat rex noster Maria Theresia*. La Europa se rió de los húngaros y de su rey con enaguas; pero ellos, destruyendo unos en pos de otros los ejércitos que se les opusieron, no pararon hasta asegurarle la posesion de sus estados hereditarios, y sentarle sobre el trono imperial. Nuestras lenguas que confunden bajo una sola denominacion cosas tan diversas, son manantiales perennes de errores y equivocaciones.

Les historiadores ingleses y españoles mencionan á cada paso las continuas disensiones domésticas de nuestro monarca Felipe segundo y su esposa la reina María de Inglaterra, y se admiran de que dos personajes tan elevados, y que tan grande interés tenían en llevarse bien y auxiliarse para el logro de sus ambiciosos designios, no estuvieran jamás de acuerdo, y paralizaran por miserables rencillas de familia la ejecucion de los mas agigantados proyectos. La razon de esta aparente anomalía es, no obstante, fácil de explicar: ambos eran orgullosos, y cada uno dueño absoluto de su reino; así ambos querían mandar, y ninguno se curaba de obedecer. ¿Qué extraño es que opusieran igual resistencia al espíritu de dominacion con que mutuamente se amenazaban? Por eso el *rey* Felipe no se detenía nunca en Londres, y la *reina* María se guardó muy bien de ir á Madrid.

La *voz regente* es bien caprichosa en su doble significacion: dérivase del verbo *regir*, que quiere decir *gobernar* ó *regularizar*, y se aplica en sentido absoluto tanto al gefe de una audiencia, como á un empleado subalterno que tiene á su cuidado la inspeccion de los operarios de una imprenta; discrepancia que ocasiona con frecuencia equivocaciones risibles.

Ministro significa *sirviente*, y en sentido propio y natural debiera aplicarse esta voz al criado doméstico; mas el uso, tirano de los idiomas, denota con ella, ya el elevado empleo de un secretario de estado, ya la magistratura de un tribunal superior, ya en fin, uno de los mas humildes dependientes de justicia.

El participio *soldado* se aplica unas veces á un utensilio

lio de metal quebrado, y compuesto uniendo los pedazos con el auxilio de una amalgama, y otras al individuo que disfruta un sueldo. Aplicado este último sentido á los militares, á fuerza de usarse ha variado enteramente de significacion, y ahora espresa el grado inferior de la milicia ó la profesion en general.

Huesped significaba antiguamente el que albergaba á otros en su casa, y por una aberracion singular vino á significar los venteros y mesoneros, que no tenían por cierto la mejor opinion de practicar caritativamente la hospitalidad. En nuestros días designa esta palabra la persona que, invitada ó por accidente, pasa algun tiempo en una residencia ajena; pero su uso no deja todavía de ser equivoco. Los ingleses han evitado este inconveniente, llamando *host* al que hospeda, y *guest* al hospedado.

Nosotros llamamos igualmente *puerta* á la abertura practicada en el muro para que entre y salga la gente, y á la armazon de madera y hierro con que se cierra y asegura. Los ingleses llaman con razon á esta última *door*, y á la primera *door-way*. Los latinos usaban tambien para distinguirlas las voces *porta* y *ostia*.

Damos el nombre de *barba* á la parte inferior del rostro y al pelo que en ella nace, prescindiendo de la útil distincion adoptada por los franceses entre *menton* y *barbe*.

Criar es un escelso atributo del Omnipotente; alimentar á un infante, y por último, dar á un niño las primeras nociones del conocimiento del mundo y trato social. Dios *crió* el mundo; este infante está muy flaco, la nodriza no le *cria* bien; vea usted un niño mal *criado*, que ni aun sabe saludar á las gentes.

Equivocaciones mas peligrosas ocasionan otras palabras de uso comun: he *alquilado* una casa, dicen tanto el propietario como el inquilino; he *arrendado* una estancia; he *prestado* cien reales, es frase de que se valen en algunas provincias, así el que dá como el que recibe el dinero: de aquí el que las palabras *prestamista*, *arrendador*, *alquilar*, sean siempre ambiguas.

Tirano, coco y espantajo de los escritores publicistas, no tenía antiguamente nada de mal sonante ni de ofensivo. *Edipo tirano* es el título de la mejor tragedia griega, la misma cuyo argumento ha desenvuelto nuestro ilustre Martinez de la Rosa en la mas bella que posée el teatro español.



CUESTION GRAMATICAL.

La gramática de la Real Academia de la lengua, en el capítulo 12 de la primera parte dice: "Ni, supone siempre otra negacion espresa ó suplida, y sirve para juntar las dos negaciones, ó los dos miembros de la oracion, v. g. No asistieron Pedro *ni* Antonio: *ni* reir, *ni* llorar puedo: no es bueno *ni* para uno *ni* para otro: no descansa de dia *ni* de noche."

Presupuesta esta doctrina, se pregunta si en el siguiente ejemplo de Quevedo, la construccion está bien ó mal hecha; y si se responde que la construccion es buena, ¿en qué consiste que el cuarto verso empiece por la copulativa *y* en lugar de la negativa *ni*?

Murieron luego mis padres:
Dios en el cielo los tenga,
Porqué no vuelvan acá,
Y á engendrar mas hijos vuelvan.

Como se pretenderá eludir quizá la dificultad contestando que el empleo de la *y* es una errata, debo prevenir de antemano que habiendo examinado muchas ediciones de este célebre poeta y hablista, algunas de ellas contemporáneas á su época, he visto siempre este cuarteto en los términos que he transcrito.

El purista.

RESPUESTA.

Nos parece bien fácil de resolver esta cuestion. La gramática castellana no dice que después de *no*, se haya necesariamente de poner la otra negacion *ni* siempre que la siga otra sentencia de igual naturaleza. Así Quevedo pudo decir sin ofender la gramática:

Y á engendrar mas hijos vuelvan,

cometiendo la figura *clipsis*; pues quitada esta y el *hipérbaton* necesario al verso, nos resultaria; *Y porqué no vuelvan á engendrar mas hijos*, frase que ningun *purista* criticará.

Del mismo modo podemos decir á un hijo: No quiero que hables á *fulanita*, *la veas y le escribas*.

SECCION TERCERA.

COSTUMBRES.

Mi retrato.

He contraído un compromiso para con el público; le he empeñado mi palabra; y aunque en la instantanea movilidad con que es arrastrada su atencion, y requerida por objetos mas importantes, quizá se habrá olvidado de mi y de mis promesas, al cabo una palabra dada es un sagrado para hombres de conciencia; y yo en esta calidad no puedo olvidar que le debo mi retrato: deuda que aunque de cortísimo valor pretendo pagarle con la puntualidad que siempre quisieran todos los acreedores. No voy á ofrecerle la imagen de un Apolo, ni hay que esperar en mi persona nada que salga del comun de las de mi clase: mi rostro, lejos de ser el de un preciado y lindo Antinou, raya casi en lo vulgar, y apenas se distingue por ninguna notable singularidad de los muchos que corren sin ser siquiera apercibidos. Pero necesitaba darme á conocer, ponerme por decirlo así mas en contacto con mis lectores, acreditarme á sus ojos de abonado para la empresa que he acometido, y temería correr el riesgo de ser mal representado si yo mismo no fuese mi propio pintor, aunque por otra parte mis pinceles no sean mejores que los del otro retratista de Ubeda.

En el estado en que hoy me encuentro quien intentase adivinar por mi fisonomía lo que he sido y lo que soy, lo que valgo ó lo que desmerezco; si de mi rostro, ya maltratado por los años, quisiese penetrar en las interioridades de mi alma, así fuese mil veces mas inteligente que el mismo Lavater, el juez acostumbrado á leer en el semblante de sus *justiciables* los secretos de la conciencia, un frio y taimado diplomático, ó el celebrado Fouché de Nantes con toda la astucia y los multiplicados artificios de su enmarañada policía; estoy por decir, que tanta habilidad y tanto saber habrían de quedar chasqueados á mi presencia, y que en vano su ejercitada sagacidad se empeñaría en sacar la mas ligera luz del arca cerrada y de la eterna y muda impasibilidad de mi semblante inespresivo. Convencido de que todo cuanto se quiera saber de mí es menester que yo lo diga, y que mis solas revelaciones son las únicas que pueden darme enteramente á conocer; me he resuelto yo mismo á pintarme, aunque sea tan solo de brochon, seguro de que si no saliere de mis propias manos, mi retrato sería tan mentiroso como infiel.

Yo no soy el hijo dichoso de la capital, y mi humilde destino me dió mas pobre y pacífica cuna en uno de los pueblos menos notables del interior de la isla. Lugareño oscuro y desconocido mi padre, fué un honrado labrador, escaso de luces y de buena educación, y aun bastante rústico si se quiere; pero de hábitos muy frugales y tan industrioso y trabajador, que amaba sus bueyes y sus vacas, fieles compañeros de sus penosas fatigas, é instrumentos de su prosperidad, casi con la misma ternera con que otro quiere á sus hijos y á su familia; y que fuera de esta debilidad excusable, atendido el lado del corazon de que procede, estaba lleno de máximas de buen vivir, y era mirado por toda la comarca y atendido por sus convecinos con aquella consideracion que siempre se dispensa á los que saben merecerla por el orden y la regularidad de una vida laboriosa y tranquila. Su infatigable actividad, la buena suerte de los tiempos que por entonces corrían, y sobre todo la estrema pequeñez de sus gastos, alzaron á tal punto su fortuna, que ya, sin que se notase de sus buenos comarcanos, se podía permitir mas reposo, y disfrutar en las fiestas solemnes del pueblo inmediato los placeres nuevos para él que le ofrecía una sociedad menos grosera é inculta que aquella á que estaba acostumbrado.

En uno de estos paseos á mi pueblo, mi buen padre,

que ya rayaba en los 60 años, se relacionó con mi abuelo materno, quien después de haber perdido una modesta fortuna, destruida como un soplo por la voraz rapacidad de los pleitos, amontonaba sus despojos para conservar con infinitos trabajos su nombre ya eclipsado, y mantener en la escasez y sin esperanza de mejor suerte á su triste y humilde familia. Tenía una hija interesante y bella, sobre la cual contaba como sobre un recurso seguro para días de mas próspera ventura. Era su última esperanza, la víctima que debía sacrificarse á la fortuna, y fué por mi abuelo ofrecida á mi padre sin consultar la voluntad de aquella y como medio infalible de lograr por el dichoso entroncamiento un lugar distinguido entre las notabilidades de la aldea.

Yo no sé si mi padre llegó á comprender la artificiosa importancia que mi abuelo daba á esos entroncamientos de familia, y á la necesidad de darse peso para representar algun papel en este mundo. Mas ello sea que bien cediera á la astuta artimaña de estos convecimientos, ó que á pesar de sus 60 años, fuese seducido por las gracias y el amable atractivo de la nueva y desgraciada Ifigenia; lo cierto es que muy pronto entró en todas las miras y proyectos de mi abuelo, quedando entre ellos convenido y ajustado el matrimonio con mi madre, sin que esta sospechara todavía que se hubiese echado sobre su vida ese dado de eternidad y decidiéndose sin consultarla para nada, de su suerte y su ventura.

Distraído constantemente mi abuelo en el eterno laberinto de sus pleitos, y malgastando su tiempo en escribir fastidiosas instrucciones para sus letrados y procuradores, nunca pudo pensar seriamente en los destinos de su hija, ni cuidar de su esmerada educacion. Pero lo que el arte no hizo por ella, debiólo sin embargo á la naturaleza, que prodiga con mi madre de sus inexhaustos tesoros, supo enriquecerla con todas las gracias de la amabilidad y la belleza, dotándola además de una razon adelantada y de un discernimiento prematuro y feliz que habían fortificado en ella el hábito de la desgracia y el de una vida retirada y tranquila. El primer anuncio de su concertado matrimonio con mi padre, que mi abuelo le dió con el mayor miramiento posible, pero con toda la entereza de la autoridad y el poder paterno, de que no se quería disimular el imperdonable abuso; fué un golpe de muerte para ella. Herida como de imprevisto por el golpe de un rayo, cayó sin sentidos á los piés de su padre; y hubiera allí tal vez terminado su existencia, si no sé qué cierta fuerza que la naturaleza nos reserva pa-

ralos dolores estremos, no hubiera venido á su socorro, salvándola de la desesperación.

Abandonada á sus propias reflexiones, y como absorta en el sentimiento profundo de su desgracia, casi sin intervalo se sucedieron en su cabeza, ya muy debilitada por el pesar, mil proyectos á cual mas insensato, y que todos conspiraban á armarse de una firme resistencia, que un momento después no se hallaba con valor de oponer á la inflexible voluntad de su padre. Su espíritu se fué al fin quebrantando, é influida por las diestras sugerencias de los amigos de la casa y de mi padre, resignada y sumisa cedió á la tenacidad de mi abuelo, y en medio de sus lágrimas se le arrancó el fatal consentimiento para unas bodas que miraba como su suplicio.

Yo fuí el primero y el único logrado fruto de esta malaventurada y temeraria union. El día de mi, no sé si diga, triste aparicion en este mundo, lo fué de una mezcla de pesar y de regocijo para mi madre, á quien este acontecimiento que por lo comun hace la dicha de su sexo, traía á su memoria todavía no olvidados y funestos recuerdos; de un placer purísimo para mi padre, que viéndose regenerar en mí me miraba naturalmente como el que debía subrogarle en mundo, y sobre quien iba á descansar en su vejez, que se adelantaba á pasos acelerados, del cuidado y las atenciones que lleva consigo la conservacion de una fortuna tan penosamente adquirida y á costa de tantos sacrificios. Pero para quien fué verdaderamente un día de fiesta y de indecible satisfaccion mi dichoso alumbramiento era para mi abuelo, que tanta parte tuvo por su temeridad en decidir á mi madre á un matrimonio que la repugnaba, y de que ya se aplaudía contemplándome con secreto orgullo como el feliz restaurador de su casa y del lustre y esplendor de la familia, oscurecida ó totalmente elipsada, había ya mucho tiempo, por la suerte fatal de los pleitos.

Mi semblante, sin embargo, favorecía muy poco estos felices presagios que mi familia aventuraba sobre mi suerte venidera: mi rostro participaba mucho mas de la tosquedad de mi padre, que de la animada, viva é inteligente fisonomía de mi madre. Sin tener el ardor del trabajo, ni la actividad del uno; la pronta perspicacia, la razon despierta é inagotable sensibilidad de la otra; ni aun el carácter firme y resuelto de mi abuelo; reunía sin embargo todos sus defectos. Era tenaz y terco como este, cerrado y rudo como mi padre, y tan tímido y receloso como mi madre. Mi niñez

corrió así en medio de las caricias que todos me prodigaban, mimado y consentido de la familia que me contemplaba como el mas preciado objeto de su esperanza, y sobre quien iban á parar todos sus proyectos de prosperidad futura; sin que entre tanto ocurriese nada notable y que hiciese distinguir este período de mi vida del de los demás niños de mi edad.

Para enseñarme las primeras letras y algunos rudimentos de latinidad, se escogieron los mejores maestros de mi pueblo; pero ya sea por poca habilidad de su parte, ó que de la mia hubiese cierta incapacidad para aquellos estudios, que se aumentaba por la repugnancia propia de mis años y las distracciones continuas que me causaba el estremado cariño de mis padres; ello es que yo no hacía progresos sensibles en mis estudios, y que alcanzando ya mis catorce años y al cuarto de mi pupilage casi estaba tan atrasado como al principio, sin embargo de que mis preceptores no se cansaban de encarecer á mis padres mi pronta facilidad en comprender sus casi inútiles lecciones.

Un dia que al concluir aquellas se hallaba como siempre reunida la familia, mi padre que ya se fastidiaba de tan largo aprendizaje y que pretendía emplear mas provechosamente mi tiempo, intimó á mi madre que era la oportunidad de despedir á mis maestros, y de pensar para mí en un estado mas sólido y seguro.—“Basta ya, la dijo, de estudios y de latin: sin ellos hice yo mi fortuna, y sin ellos puede él tambien conservarla y aun adelantarla. Cada vez se van aumentando mas mis años: la vejez se apresura y aniquilando mi primitiva actividad, me inhabilita para atender al cuidado de mis negocios y de mi casa: á él toca hacerlo por mí, y yo no me he dado el placer de tener un hijo para hacerle un doctor, ó un literato; sino para que, subrogándome un dia en el mundo, pudiese descansar en él de los cuidados que por él me he tomado.”

Esta resolucion de mi padre que se intimaba con todas las apariencias de una órden definitiva, fué vigorosamente combatida por mi abuelo, que en su fatal cumplimiento veía desvanecidas como el humo sus mas caras y bellas ilusiones.—“Mi nieto, dijo alzándose de su asiento y tomando un tono grave y decisivo, no frustrará los venturosos destinos que le llama á correr su feliz estrella por la avara parsimonia de su padre; ni yo consentiré jamás que se pare la rueda de su fortuna, para irla á fijar mezquina y olvidada en medio de sus haciendas. Hartas riquezas tiene ya, y lo

que su padre ha atesorado, es menester que él lo disfrute en honra y prezo de la familia, y lejos de querer estacionarle aquí, intento desde luego sacarle de la oscuridad de este pueblo, para ir á la capital, donde pueda terminar sus estudios y contraer á la vez enlaces dignos de él y que realcen la gloria de sus antepasados."

Apoyado mi abuelo por los esfuerzos de mi madre, cuya natural vanidad halagaba, triunfó de la resistencia de mi padre, que al fin consintiendo en todo cuanto se quiso de él, hubo de prestarse á sus deseos; quedando desde ese mismo día resuelto mi viaje á la capital, donde segun sus vaticinios, me esperaba tan prodigiosa fortuna. Todo se fué preparando desde entonces, y la actividad de mi abuelo y el cariño de madre, nada olvidaron de cuanto podía hacer aquel mas agradable ó menos doloroso para mí. Mi abuelo se encargó de ser mi conductor, á pesar de sus años; y cuando todo estuvo arreglado y dispuesto para el viaje, le emprendimos juntos, después de haber tenido la mas tierna despedida con mis padres, de quienes me separaba por primera vez, y que en este momento me agoviaban casi como á porfía con sus mas ardientes caricias.

Durante este viaje, dos solas ideas tenían fuertemente preocupado mi espíritu, que fueron para mí otras tantas fuentes de ilusiones lisonjeras. Una de ellas era el pensamiento de mi fortuna, que mi abuelo había sabido embellecer á mis ojos, haciéndomela esperar de mi permanencia en la capital, á cuyas puestas me prometía encontrarla, para dividirla después con mi familia; y la otra el cuadro fantástico y soberbio que yo me formaba de esa misma capital, donde lo menos suntuoso y magnífico que yo me esperaba ver, excediendo á cuanto hasta entonces conocía de mas bello, era sin embargo de una elegancia admirable, ó de una sencillez noble y sorprendente. La primera de estas ilusiones ha sido ya destruida enteramente, y la segunda no tardó en serlo sino en tanto que duró mi viaje.

Tenía mi abuelo en esta ciudad un antiguo procurador amigo suyo, hábil práctico, veterano en el foro, causídico atrevido y de notables y aventajadas prendas, cuya destreza había mas de una vez empleado sin provecho, al menos para mí pobre abuelo, en el seguimiento de sus reñidos y numerosos pleitos; y á su casa fué donde venimos á alojarnos y la que definitivamente se escogió para mi final residencia en esta capital. Al reconocerle el buen procurador, sin permitir ninguna explicacion á mi abuelo, y echándole los brazos al cue-

llo como á un amigo íntimo á quien se vuelve á ver después de muy larga ausencia:—"Bien venido seais, señor, le dijo, que así habeis olvidado durante tanto tiempo al mejor y al mas diligente de vuestros amigos: aunque deba estar resentido de vuestro inexcusable abandono, yo siempre soy fiel á nuestra antigua y sincera amistad, y si teneis en que emplearla, si exigís de mí algun nuevo servicio, nunca mejor que ahora podiais dirigiros á mí. Mi despacho es mas vasto, mis relaciones han crecido, mi crédito se ha aumentado en proporcion: tengo las mejores causas que corren en el foro, y aunque me falta tiempo para ellas, el negocio de un amigo tendrá siempre mi preferencia, y sabeis si yo os cuento en ese número. Referidme vuestro caso, producidme prontamente los documentos que apoyen vuestro derecho y dejad á mi cargo el cuidado de intentar la accion que os corresponda."

No poco esfuerzo costó á mi abuelo hacer entender á su amigo en medio de su inagotable verbosidad que no era el interés de sus pleitos, sino el mucho mas grave de completar mi educacion literaria el que le traía á la capital y le obligaba á buscar el favor de sus consejos y amistad. Hasta entonces, que el buen procurador no había siquiera reparado en mi persona, no se dignó echar sobre mí sus ojos desencajados; y midiéndome de alto á bajo con una mirada escudriñadora:—"¡Y bien! no hay nada perdido, le contestó, solo habrá que mudar la clase de mis buenos oficios sin que cambie en nada mi disposicion. Estudiaré la verdadera vocacion de vuestro nieto y arreglaré á ella mis instrucciones. Si se inclinare por la iglesia, le advertiré que este estado impone esencialmente dos deberes: los de ser piadoso, y casto; á cuyo solo precio podrá ser buen sacerdote, y que á él le toca consultarse sobre estos dos puntos. Si pretende que el foro sea su teatro, es menester armarse de valor, acostumbrarse á los combates de la discusion y correr los azares de la fortuna; ó bien abandonarse al campo de la medicina donde solo es preciso felicidad y atrevimiento: de todos modos, es menester correr la suerte y contar al menos con alguna chispa de genio."

Mi abuelo le informó que mi vocacion estaba hecha y era decidida por el foro; y que no eran ya consejos sino el auxilio de su casa, la que se necesitaba como una escuela instructiva y constante que deseaba poner á los ojos de su nieto para asegurar así mejor sus futuros adelantos bajo la inspeccion de un tan hábil maestro. Me habeis he-

cho plena y cumplida justicia, y os reconozco por mi amigo: mi casa será en adelante la de vuestro nieto: partid seguro, y yo os prometo que en poco tiempo á mi lado conocerá los ardides de la profesion, y estará mas versado en sus ocultos manejos, que la mayor parte de los abogados del día: sin asistir á las escuelas podrá tomar sus grados, y si se siente con los talentos necesarios para el foro, sabrá producirse con la ventaja del que conoce el arte y la profesion. Mi casa será para él una escuela perenne de instruccion que le hará conocer al litigante con sus artes, sus medios y sus recursos; al procurador tal cual es con sus esfuerzos y sus ponderaciones; al escribano con su estudiada sequedad y sus durezas; al abogado con sus palabras de miel para con su parte y de rayo para con la contraria; al oficial de causa en fin con sus preñadas reticencias, y sus interesadas aunque vendidas por oficiosas revelaciones. Nada faltará aquí á sus estudios: el mundo en su vergonzosa desnudez con la colision de sus encontrados intereses, y el hombre en sus miserias y no como le pinta la fantasía: he aquí el cuadro que se descorrerá á sus ojos, espantados quizá de ver su diforme realidad.

Me lisonjeo que se habrá ya conocido cual era el carácter del honrado procurador, en cuya casa me dejó instalado mi abuelo al retirarse de aquí, después de varios chascos, en que su sencillez de provincia le hizo incurrir, y que mas de una vez le obligaron á repetirme: “—esta Habana no es la misma que yo había conocido; es muy diferente de la que antes era.” Mi buen causídico era de una gravedad fria, de calma inalterable, y de aquella dulzura apática que jamás se altera ó pierde su reposo por el bien ó el mal que resulta á sus semejantes. Usaba de alguna dureza con sus escribas y litigantes, y á esta prontitud de humor y de lenguaje, solía llamarle integridad. Tenía muchos negocios, y yo me admiraba como después de perder un pleito en que se intreesaba la suerte de dos familias y en el cual la fortuna de la una sino de entrambas á la vez debían quedar arruinadas; le era sin embargo posible retirarse á su casa, tan tranquilo como si volviese de tomar el aire.—“¿Qué quereis!” decía él tomando su tabaco después de comer, “esta es la suerte de los pleitos, hacer al mismo tiempo felices y desgraciados: es menester acomodarse á este juego fatal del destino. Mi oficio es como el del cirujano operador, que tal vez no llevaría su mano con tanta seguridad si se dejase conmover demasiado.”

Componíase esta familia singular de la esposa de mi procurador, como de mas de cuarenta años de edad, mujer histérica, llena de presagios é inconcebibles supersticiones: alma condenada de su esposo que dió la importancia del manejo de la casa á su triste inutilidad: fea, impertinente y querellosa era el único tormento de su marido y de cuantos se hallaban bajo su tiránica dominacion; de una hija pasablemente bella, caprichosa y atuidida; de la inmensa tribu de sus escribientes que venían con sin igual regularidad todas las mañanas á dar cuenta á su principal, armados de un prodigioso cuaderno, de las tareas del dia anterior, para recibir sus nuevas órdenes, y repartirse por todos los barrios de la ciudad á tomar como por asalto de sus respectivos letrados los preciosos materiales de la audiencia del dia. Para el servicio de la casa había solo dos criados, ambos negros, aunque de distinto sexo, pero ya tan cansados y de tan rara catadura, que eran por cierto dignos complementos de este cuadro. La vieja cocinera con su ojo de menos y su grotesca suciedad, podía muy bien competir con la Leonarda que nos pinta Gil Blas desempeñando igual oficio entre los honrados habitantes de la cueva de los ladrones: su otro compañero no menos cargado de años que ella, aunque no tan asqueroso, servía los destinos de demandadero, galopin de cocina, sirviente á la mano, y era en suma, como si se dijera, el fac-totum de la casa: solía poner los domingos el calesin de la señora cuando quería pasear su mal humor, y lucir la hermosura de su hija por los alrededores de la ciudad. Sobre este empleo cifraba toda su importancia el pobre Domingo, que así se llamaba este criado: fué su primer oficio y en realidad le conocía maravillosamente: yo he formado de sus conversaciones unas *Memorias* que pueden ser muy instructivas aun para los que no son caleseros, y que con este objeto y como parte de mis apuntes me propongo tambien publicar.

A esta familia estravagante vine yo á agregar un miembro mas, y que á decir verdad no la deslucía. En los primeros dias de mi instalacion, mi traje y mi porte sirvieron de befa é irrisión á la hija y los escribas del procurador; pero poco á poco fui tomando los aires de la ciudad y abandonando el atavío de mis galas provinciales; de modo que restablecida la igualdad, y cobrando alguna mas suficiencia, fui tratado bajo este pié, y con cierta predileccion, por la niña, que quizá se proponia hacer de mí un marido tan indolente y sufrido como su padre.

Aunque me hallaba ya en edad de sentir las primeras impresiones del amor, mis estudios, las nuevas distracciones que me ofrecía la capital, y las continuas ocupaciones que en la casa me preparaba el señor procurador, no me dejaban tiempo libre para entregarme á tales devaneos. Casi siempre me obligaba á extraer sus procesos, ó á copiar sus pesadas alegaciones. Engolfado en este trabajo solía interesarme por la suerte de aquellos negocios; y no era poca pena para mí saber que á veces las resoluciones fuesen totalmente opuestas á las que el solo buen juicio me habría á mí dictado. Yo manifesté mi sorpresa al buen procurador. — “¡Y bien! ¿qué importa?” me dijo bruscamente: “la opinion de los jueces y la ley no son siempre términos convertibles, ó una é idéntica cosa. Los negocios tienen tantas faces y las leyes tantos aspectos diferentes, que no es mucho si á veces los equivocan. Y al cabo, ¿qué supone el lado á que se incline la balanza del juez y cual sea la suerte de los procesos? Piérdanse ó gánense, todo viene á ser lo mismo al fin del año en la suma del bien público: no se aventura un solo ardite, y bien considerado todo, los pleitos no son mas que un medio imaginado para la circulacion.”

Estas lecciones de mi maestro acabaron de disgustarme de una carrera para la cual yo no sentía ninguna vocacion. Aquel juego de cara y cruz sobre la suerte de los procesos, y aquella circulacion en que todo pérdida y ganancia venia á ser lo mismo, alteraba mucho el respeto que se me había inspirado por una profesion que yo en mi sencillez de niño creía únicamente consagrada á la defensa de la inocencia y la verdad. Debilitándose mi ardor por su estudio, á proporcion me dedicaba á otros mas amenos y agradables; y por mi concurrencia al teatro casi no había una sola tragedia ó comedia del repertorio antiguo y moderno, cuyo argumento no supiese de coro, y de que no pudiese recitar si se me pedian, las mas largas escenas; aunque no me fuera fácil decir otro tanto con las obras de Justiniano y el digesto.

Terminados mis cursos de derecho recibí con honor mis primeros grados en esta ilustre Universidad; y ya me preparaba á dar una vuelta á mi pueblo, y dividir con mi familia el orgullo de mi condecoracion académica, cuando la noticia de la muerte de mi padre, abismándome en el dolor, vino á cambiar enteramente mis proyectos, determinándome á viajar por Europa, que era, había mucho tiempo, el único penpensamiento que me dominaba. Comunicando la

idea á mi procurador:—"Hijo mio, me dijo, ya tú no tienes padres, y es menester que hagas con tu familia las veces que él hacía. Por la actividad de su industria ha sabido dejar algunos bienes; pero te alucinas si crees que abandonados á sí mismos produzcan lo que hasta aquí. Has comenzado una carrera que puede ser útil, y cree á mi experiencia, no la dejes por quimeras. Si te inclinan los viajes, empréndelos en horabuena; pero pensando siempre en la fortuna y que una necia modestia no sea la causa de frustrarla. Acuérdate que es menester ayudar á nuestros protectores, yendo con un noble valor delante de ellos, y sin atrincherarnos tontamente sobre nuestro mérito; porqué la misma multitud que tendríamos que atravesar para producirnos á su presencia tal cual somos; esa propia se verían obligados á penetrar para sacarnos de la tinaja donde le háyamos escondido; y tales milagros no se han hecho para esta época."

Cuidándome muy poco de sus advertencias yo dejé hablar libremente á mi procurador; y tomándolas al fin como un permiso, todo quedó preparado desde el siguiente día para emprender inmediatamente mi marcha. Esta despedida de la casa de mi huésped fué menos tierna para mí que antes lo había sido la del hogar paterno, aunque no por eso dejara de costarme algunas lágrimas. La afición de la hija de la casa que yo había juzgado muy ligeramente como un mero cálculo de interés, tenía todas las apariencias de una pasión mas profunda, y no fué poca prueba la que tuve que sufrir al arrancarme de en medio de la desolación de su amargo dolor.

Angustiada el alma con tan triste espectáculo y lleno de aquel penoso sentimiento, me aparté por fin de estas riberas para discurrir por la Europa, buscando y prefiriendo aquellos lugares donde objetos mas notables llamaban la insaciable curiosidad de mis deseos. Todo era para mí bello y admirable, y aunque tenía entonces el descuido de los pocos años, nada veía que de algun modo llamase mi atención por cualquiera singularidad que fuese, sin que inmediatamente le trasladara á mis tablillas. Preví que un día podrían servirme de alguna utilidad; y aunque para el comun de los hombres lo pasado no deja recuerdos, el porvenir son nubes y oscuridad, y solo el presente los afecta; yo sin embargo, atesoraba para un tiempo de que otros absolutamente no se cuidan y que abandonan omisos é indolentes á los ocultos destinos de la providencia.

Después de haber visto lanzarse á una nación joven y

vigorosa casi desde la cuna de su niñez política á la cumbre de su actual prosperidad; de asistir por decirlo así á la regeneracion social de otro imperio opulento, acabando de salir, como por un milagro, inalterable y firme de enmedio de la espantosa convulsion que al minar los cimientos de la sociedad como que amenazaba subvertirla; testigo de la increíble perseverancia con que otra nacion vecina por un prodigio de la sabiduría de sus ministros y de la buena razon del pueblo, pudo preservarse del vértigo revolucionario, peste asoladora de los estados; y siéndolo tambien de la infusion de ese gérmen en los reinos limítrofes del contagio; ya mucho mas rico de observaciones que de dinero, volví á esta ciudad, donde quedé admirado de la benevolencia con que fuí acogido por todas las clases y profesiones de la poblacion.

El flujo de viajar no se había hecho entonces como ha venido á ser después una moda dominante. Era un esfuerzo salir de su país; y este esfuerzo quedaba sobradamente compensado á la vuelta con la admiracion y la mas grata acogida de sus paisanos: yo la tuve tambien por mi parte, y las invitaciones me llovían por donde quiera para fiestas y diversiones á que me entregaba sin reserva, y que terminaron por acabar casi enteramente mi ya muy escaso patrimonio. Me ví forzado á retirarme, y apeando de tren y de costumbres, me acerqué á los de mi clase y aun me he bajado á los de la inferior.

He asistido á los festines de la aristocracia, á las comidas de los ricos, á las bacanales de los pobres: he concurrido á las fiestas del almirantazgo y á la feria mas despreciable: me he mezclado entre todos; creo haber estudiado un poco las preocupaciones de cada una de las clases y he jurado hacerles abiertamente la guerra aun cuando en la demanda deba perecer

El viejo desengañado.



SECCION CUARTA.

POESIA.

AMISTAD.

Mide veloz el pensamiento mio
Una y cien veces la sublime altura;
Recorre el mar, el monte y la llanura
Ansioso de entusiasmo y poderío:

Y encuentra un cielo de esplendor vacío,
Lleno un mundo de tedio y amargura,
Altas rocas sin verde ni frescura,
Tristes campos sin flores ni rocío:

Levanta empero la amistad su frente
Augusta, hermosa, y en aquel instante
Todo me brinda inspiracion florida.

Otro cielo, otros campos, otra mente
Y un corazon de fuego palpitante
Rayos son de las glorias de otra vida.

Alfredo.

A la Luna.

¡Salve! reina de la noche,
astro de paz reluciente,
enagenada mi mente
admira tu magestad.

Ora alzas tu faz preciosa
En medio á las blancas nubes
y por el espacio subes
bañándole en claridad.

Cuando en el zenit ostentes
toda tu gloria y belleza,
mandando á naturaleza
tranquilidad y placer,

A la luz de tus reflejos
y con paso misterioso
el albergue silencioso
de mi amada buscaré.

En él quizás impaciente,
á su amador esperando,
te mirará suspirando
su inocente corazón:

Préstame, oh luna, tu auxilio
en tan delicioso instante;
haz que descubra á mi amante
por medio de tu fulgor.

Cuando al llegar á su lado
oiga su voz peregrina,
y que tu lumbré divina
brille en su rostro de amor,

Yo bendeciré mil veces
tu presencia encantadora
y la mano bienhechora
que crearte se dignó.

Y entonces de amores lleno
la diré cuanto la adoro;
pondré su mano en mi seno
y su latir sentirá:

De mi delirio la hermosa
tal vez gozará conmigo,
y el único y fiel testigo
de mi ventura serás.

Alfredo.

A MIRTILA,

QUE COPIÓ UNA DE MIS COMPOSICIONES

EN EL LIBRO DE MIS VERSOS.

¡Qué, no me engañó! tú Mirtila fuiste
la que con dedos de azucena y rosa
tos inocentes versos escribiste,
que formé á tu partida dolorosa!
¿No es ilusión? pudieron ocuparte
esos conceptos que el pesar dictaba
y el dulce llanto del amor borraba?

Beldad angelical, yo te bendigo,
y las dichosas líneas que has copiado,
en el delirio de mi amor ardiente,
mil veces y otras mil las he besado.

Cuando en el tiempo que otros campos viste,
yo en las playas tu ausencia lamentaba,
y al ver tu alvergue solitario y triste,
melancólicos cantos entonaba
al lento son del plectro dolorido,
¿quién me hubiera anunciado en esos días
que mi cantares tú repetirías?

Las olas escucharon solamente
en las serenas tardes mis querellas;
al descender las sombras las oyeron
en silencio las pálidas estrellas,
y cuando el orbe todo disfrutaba
del blando sueño y de la paz tranquila,
yo á Mirtila frenético llamaba,
el eco triste repetía "Mirtila;"
y á mi voz, de sus nidos tenebrosos
las aves de la noche iban saliendo,
"Mirtila" por el aire repitiendo.

¡Ay! otra vez, oh lira destemplada,
quiero á solas pulsar tus cuerdas de oro,
que si entonces lloré tu larga ausencia,
hoy el desden de mi adorada lloro.

Tierua como la tórtola cuitada,
 como la reina de las flores bella,
 nació Mirtila para ser amada,
 y yo nací para gemir por ella,
 y adorar sus encantos seductores,
 y vagar por las playas suspirando,
 y no hablarla jamás sino temblando.

Vírgen de la ribera, oye los votos
 del tierno amante que por tí muriera,
 y ya que nunca mereció tu afecto,
 merezca un *ay* de compasion siquiera.

Si algun mortal tan venturoso vive
 que te inspire el amor que busco en vano;
 si en dia de luto para mí, recibe
 ante el ministro del altar tu mano,
 ¡ay! sea feiiz, y muera tu Fileno,
 y al terminar su vida dolorosa
 sepa que tú con él eres dichosa.

¡Versos sencillos que copió Mirtila!
 prenda adorada de mi mal testigo,
 vosotros me quedais tan solamente,
 vosotros al sepulcro ireis conmigo.

Fileno.

Al salir

DE UNA ENFERMEDAD

EN PUERTO-PRINCIPE.

La muerte envuelta en pavorosas sombras
 cercó mi lecho y enlutó mi frente,
 y las hijas del Tíuimar graciosas
 de mí se condolían.
 y —“forastero mísero” decían,
 “¿porqué gimes cuitado?
 con gozo no has mirado
 de nuestras trenzas destilar el oro?”
 —¡Ay! exclamé, que lloro
 porla belleza, cuyas rubias trenzas
 oro en estas riberas no destila;
 lloro por la bellísima Mirtila.

Fileno.

LA PRIMERA IMPRESION.

Ya de la edad primera
 Los inocentes años
 Leves se habían huido,
 ¡Pudiera recobrarlos!
 Aun eran mis placeres
 Sencillos, y al gozarlos
 Jamás de las pasiones
 Sentí los sobresaltos.
 Ora de la natura
 La belleza admirando,
 Leyendo ora los hechos
 De los héroes y sabios,
 A las musas seguía
 En el recinto santo.
 Do á los vates ansiosos
 Agita el estro sacro,
 Alguna vez decía
 A solas meditando:
 ¿Qué ser, oh Dios, es este
 A quien llaman *tirano*,
 Cuyo poder no veo,
 Y todos temen tanto?
 ¡Cual doblan las rodillas,
 Ante él los hombres fatuos!
 Cual ante él temerosos
 Llevan sus holocaustos!
 Mas ¡ay de mí! una tarde...
 Era el alegre Mayo,
 Cuando de Cuba hermosa
 En los fecundos campos,
 Que jamás del invierno
 El soplo impuro ha ajado,
 Entre albos azahares
 La brisa suspirando,
 Olvida en su embeleso
 Los niveos aguinaldos
 Que el festivo Diciembre
 Efímeros ornaron,
 Y templa con su aliento
 Del Sol los ígneos rayos;
 A la margen risueña
 De un arroyuelo manso,

Donde su altar de flores
Primavera ha fijado,
Ví una mujer... un ángel...
No sé como llamarlo..
Ví á Isbela, cuyo rostro
Por el amor formado,
Mas bella que la Diosa
Que fué adorada en Pafos,
Con las sueltas madejas
Del cabello ondeado,
Los blandos cefirillos
Iban jugueteando,
Y al pisar blandamente
En el suelo alfombrado,
A sus piés nuevas flores
El cuello van alzando.

Cual leve mariposa,
Vaga de ramo en ramo,
Y ora la rosa oliente,
Ora el jazmin nevado
Coge, y después que goza
Su aroma regalado,
Ya las pone en el seno,
O ya con diestra mano
Una guirnalda forma,
En ella entrelazando
Los mas bellos primores
Que el jardin esmaltaron.

La miro, y nuestros ojos
A la par encontrados
Su linda cara enciende
El virginal rosado.

Cuál fué el mágico influjo
No sé, que derramado
Por mí, me deja absorto
Ciego, inmóvil, pasmado.

Al volver del deliquio
En que me ví abismado,
Seguir quiero al objeto
Que me arrastra *tirano*;
Mas ¡ ay! ay! infelice,
Mi suerte es solo el llanto.



La sonrisa del Amor.

¡Como inflama y enagena
 Los mas crudos corazones
 Y enardece las pasiones
 De la belleza el candor!
 ¿A quien no exalta y cautiva
 Cuando amorosa destella
 En los labios de una bella
La sonrisa del amor?

Apacibles son las flores
 Que el festivo abril derrama
 En la aljofarada grama
 Coloreando su verdor:
 Pero á un desdichado amante.
 Ni tanta beldad consuela,
 Pues ver solamente anhela
La sonrisa del amor.

Cual el iris magestuoso
 Al náufrago triste alienta
 Cuando aplaca la tormenta
 Disipando su temor,
 Así á un alma delirante
 Envuelta en angustia y llanto,
 Le torna en gozo el quebranto
La sonrisa del amor.

Solamente una mirada
 Me ha rendido y cautivado,
 Y con otra habrás templado
 Mi acerbo y fatal dolor.
 En vano solaz ¡ay! busco,
 En vano triste suspiro,
 Si en ti, adorada, no miro,
La sonrisa del amor.

¡Oh! cuánto siente y padece,
 Cuánto lamenta su suerte,
 Buscando bárbara muerte
 Quien prueba crudo rigor!

Los halagos de la aurora
 Fatigan su alma doliente,
 Pues le aplice solamente
La sonrisa del amor.

Dueño querido, perdona,
 Sí, perdona mi locura...
 Mi tirana desventura
 Me ha privado de tu ardor.

Lo conozco, amada, empero
 Si tu labio se decide,
 ¿Quién ¡ay! mostrarme te impide
La sonrisa del amor?

Cintio.

IMITACION DEL INGLÉS.

¿Viste acaso en noche oscura
 La montaña silenciosa,
 Y en su cima pavorosa
 Los espectros vagar?

Viste el árbol y las matas
 Por el cierzo sacudidas,
 Y las ondas conmovidas
 A lo lejos resonar?

Tal yo triste y solitario,
 De mortal melancolía
 Por la hermosa ingrata mía
 Siento el pecho destrozar.

Y en mi mente conturbada
 Cual las ondas con el viento
 Mi delirio, mi tormento
 Va creciendo sin cesar.



SECCION QUINTA.

VARIEDADES.

LA CRUZ NEGRA.

IV.

La última carta de Josefa, sin declararme el fin de su amorosa porfía, si bien anunciaba un resultado terrible para entrambos amantes, aumentando mi ansiedad, me había conmovido profundamente. Por desgracia, no quedaba ninguna otra que no hubiese leído; y para disipar las tinieblas y las crueles dudas que aun me inquietaban, recurrí entonces á las de Alfonso, de las cuales la primera que cayó en mis manos, sin embargo de no ser dirigida á ella sino á un amigo de la Habana, fué el último acto de aquel pequeño drama, la que derramó una luz viva sobre el caos, y me hizo arrepentir de mi temeraria curiosidad. Decía así:

Cafetal Desvelo y Mayo...

“Estimadísimo amigo: Dícenme que siempre me conservas un singular afecto, como compañeros que hemos sido largo tiempo, y en prueba de que yo no te he olvidado un punto, y de que te quiero, voy á hacerte la ingenua confesion de mi vida y sucesos, que tanto han dado que hablar á las gentes de estas comarcas. En mi triste situacion, mucho mas triste por la incertidumbre cruel en que mi ánimo fluctúa, me veo obligado á reclamar en prenda de tu amistad la franqueza y calma necesarias, no solo para que me oigas con amor, sino para que falles decidido y recto en el asunto que á tu juicio me propongo someter.”

“No importa que mi conciencia no me despierte á deshora con gritos importunos, no importa que mi cabeza esté en su temple, á pesar de la borrasca deshecha que amenaza sumergirme; necesito que me alumbres, que me digas cual ha sido mi delito, hasta donde he llevado la razon, y hasta donde me han oprimido las pasiones. Creo inútil del caso decirte que mi situacion no es de aquellas que suelen medirse á la simple vista, ni de la que un hombre cualquiera sacaría consecuencias lógicas y exactas; porque aunque demasiado repetida entre nosotros, no por ello han meditado mas los padres de familia sobre la educacion, que conforme á los principios que profesan han de comunicar á sus hijos; y porque á pesar de los serios resultados que trae á la sociedad el juicio de algunos materialistas que consideran al hombre como una máquina bruta, no por ello es menos cierto que hay en nosotros una cualidad, una parte espiritual, de donde emana todo lo bueno y grande, que no descubren ni comprenden las inteligencias vulgares. Hartas ocasiones hemos platicado dulcemente sobre el porvenir que le espera á la humanidad, si como es de creerse, triunfan los principios de moral que dogmatiza y alza la filosofía del siglo; pero aun permanecen intactos, y se observan pujantes en nuestra tierra, resabios y errores, que tardará mucho tiempo antes de que se disipen y reformen. Tal era tu opinion entonces: escucha mis desventuras, ya que me ha caído en suerte el triste consuelo de contarlas, y sufrir aquellos males de que nos quejábamos de consuno.

“Una inclinacion innata, mas bien que la pobreza, me llevó desde pequeño á vagar por el mundo. Desde temprana edad, como otras veces te he dicho, he sentido el deseo de vivir por mí y de mí, deseo ardiente, carácter indomable, que no han podido contrastar los amigos, ni los lazos de familia. Yo vine al mundo disfrutando algunas comodidades que desprecié, por ganar en libertad lo que perdía en placeres sedentarios y de almas mezquinas: el pan de la caridad en esta tierra virgen me pareció siempre la cifra de la indolencia y de la holgazanería: un favor trocado por una adulacion, le juzgué como el colmo de la bajeza y de la degradacion humana. Con tales ideas y principios, me presentó la amistad en casa del Sr. G... padre de una dilatada familia, para concluir la educacion de dos de sus hijos, hace mas de un año: el amor me arrojó de ella hace seis meses. Mi vida es un tejido de desgracias, y mis aventuras por todos títulos dignas de la novela. He dicho que la amistad me lle-

vó; porqué has de saber, que el mayor de los hijos del Sr. G., Fernando, encargado de la finca y el predilecto de su padre, que conocí en un baile en el Bejucal, de resultas de un lance de honor, en que por poco me compromete, habiéndome cobrado un afecto grandísimo, á juzgar por sus estrepitosas demostraciones, do quiera que la casualidad nos reunía; se dedicó á *protegerme*, y á ser mi amigo por toda la vida, segun sus propias palabras. Este hombre pues, que yo creí sincero, y en quien deposité mi confianza, no paró hasta presentarme á su amable familia con honradas recomendaciones, y hasta arrancarme la palabra, que al fin le dí, de servirle de preceptor á dos de sus hermanos menores, como una prueba de afecto mutuo; y con este motivo me alojó en su propio cafetal, que creo has visto tú en otro tiempo. Aceptada la proposicion sin condiciones de ninguna especie, pero tampoco sin el formal compromiso de mi parte de responder de la educacion de los dos niños, ejercicio para el cual no me sentía llamado; una circunstancia demasiado casual me decidió á abrazarla con ardor y á seguir en tareas que demandan mas calma y constancia que la que Dios me ha dado.

“No obstante que yo no hubiese amado nunca, siempre había creído en el amor, como creo en el Dios que me crió; y siempre he vivido en la persuacion de que sin él no hay felicidad en la tierra, por mas que el egoismo lo niegue, y por mas que la corrupcion é imbecilidad de algunos hombres lo desacredite. Nunca había amado repito, y el dia de mi llegada á casa del señor G..., que fué de noche, deseoso de conocer á las hermanas de Fernando, aunque con el temor de desagradarlas, porqué sabía mucha parte del carácter orgulloso de la familia, quiso la casualidad ó mi fortuna siempre varia, que no viese á la mas jóven de las muchachas, á quien me habían pintado como un modelo acabado de hermosura y candor, y á quien una vez vista, no pude dejar de amar y de rendirle el tributo de admiracion que se merece por todos títulos lo mas grande y sagrado que hay en el mundo;—la mujer, con las formas y los sentimientos de un ángel. No habiéndola visto la noche de mi llegada, como digo, ella, (segun después supe,) que no podía salir por una ligera indisposicion que le aquejaba, mostró grandes deseos de conocerme, y por via de consuelo se entretuvo en preguntar á la mulata, su criada de mano,—qué figura tenía yo, cuál mi nombre,—y otras mil bobadas á este tenor. Al otro dia á las nueve de la mañana, recibí por

un negrito el avisó de pasar á la sala, donde se hallaba la familia reunida: me vestí de prisa y salí atravesando por el pasadizo de los cuartos corridos, de los cuales el segundo de la izquierda, á mi juicio, pertenecía á la niña; pues has de saber, que cada uno de los hijos tiene el suyo por separado. El que me destinaron, era el último del lado contrario. Las ventanas de todos, á aquella hora, se veían ó abiertas de par en par ó con su postigo de vidrio que permitía el paso libre á la luz. Yo, mucho mas ansioso que ella de conocerla, pasando por delante de los cuartos, puse el mayor cuidado, aunque con disimulo, por si la alcanzaba á ver. No me engañé en mis cálculos y esperanzas.—La cándida niña se hallaba á la sazón delante del postigo de su ventana, sentada en un taburetico, mientras su mulata le tejía una larga trensa de color castaño, con su hermosa mata de pelo. Segun parece, tenía aun el vestido flojo, medio encubierta con una bata de muselina, con la cabeza y ojos inclinados hacia el suelo, y los brazos blanquísimos como el alabastro perdidos entre las ropas, en muelle postura; pero así que sintió mis pasos, levantando con prontitud la frente, dirigió al través del vidrio una mirada investigadora sobre mi, que al encontrarme con ella, quedé como atado, confuso, y no pude mas que hacer una ligera inclinacion de cabeza, y pasar de largo. Mi encogimiento y timidez, quizá le hizo gracia, ó le pareció ridícula; porqué advertí, que echándose á reir, volvióse á la mulata, en cuyo seno escondió su cara encendida, como el niño que huye de los brazos estraños y se refugia en las faldas de la madre, contento y alegre.—Y aquellos ojos dulces, blandos, fascinadores; aquel rostro espresivo, al cual le prestaba mayor encanto el misterio del aposento y del vidrio; aquella trensa de pelo castaño y brillante; aquel mórvido cuello que por partes descubría la bata y por partes ocultaba, se fijaron con tanta fuerza en mi acalorada mente, que en la mesa, en las sillas, en el sofá, en el piano, en los cuartos, en todas las puertas me parecía verlos, y tocarlos con los labios y las manos. Sospecho, amigo mio, que has de tomarlo á risa, pero no te miento ni en lo mas mínimo, si te digo que desde aquel punto la imágen de la niña, cual las hermosas visiones que se suelen aparecer en los sueños,—si sentado, si de pié, si leyendo, si conversando, por largo tiempo la sentí revolverme en torno y seguirme á todas partes; semejante á un pájaro invisible que no quisiera hacerme ningun daño, pero tampoco abrigarme bajo sus calientes alas.

"El encogimiento, la timidez, mejor dicho, la preocupación de ánimo que tal encuentro me produjo, me acompañó hasta la mesa, donde los esfuerzos de Fernando, de su madre y de las muchachas, en particular de Catalina, no fueron bastantes á desimpresionarirme y hacerme tomar parte activa en los mil asuntos de conversacion que suscitaron allí con el premeditado objeto, segun después averigüé, de estudiar mi carácter y enterarse de mis opiniones en todo lo que dice relacion á las que esta familia conservaba de sus nobles antepasados. La experiencia me había enseñado que en un paístan heterogeneo y vano como lo es el nuestro, las opiniones respecto de estas cosas, como la verdadera religion, debían estar mas en el pecho que en los labios, mas en las obras que en las palabras; porqué de lo contrario, se espone uno á sufrir no pocos chascos y desazones, mientras el individuo que nos provoca no se muestra tal cual es en las circunstancias críticas, que son las de prueba. Así que me mantuve como en expectativa, reservado y poco hablador; por cuya razon no sé si me tuvieron por tonto ó taimado.

"Acabado el almuerzo, levantáronse todos, y por hacer un dia fresco, me convidaron Fernando y sus hermanas á examinar la finca, es decir, los tendales, el molino, almacenes, barracones, el jardin y demás. Tocomé de compañera Catalina, la cual por el camino me iba instruyendo de todo cuanto encontrábamos, mereciese ó no una esplicacion, tal como los quintales de café que producía la finca, y el número de matas y el de los esclavos y de los contratiempos que en varios temporales habían experimentado, guerra á muerte que las vivijaguas le habían declarado á los naranjos; pero con un aire de importancia y gravedad que mas de una vez me chocó. Rosa é Inés, las otras dos hermanas, iban de brazo delante de nosotros, conversando entre sí, y noté que algunas veces me echaban unos ojos al descuido..., como si el asunto principal de que trataban me tocasse en gran manera. Fernando, después de habernos acompañado largo rato, nos abandonó por ir á dar no sé qué disposiciones á los contramayorales, que se veían diseminados en el batey: y ya fué como una necesidad el volvernos para la casa de vivienda. Lo deseaba ardientemente: tanto por desprenderme de mi locuaz *ciceroni*, cuanto porqué nos habíamos alejado mucho del sitio donde reposaba encerrada la linda niña de la bata, cuyo nombre, entonces ni sabía, ni tuve valor de preguntar. Siguiendo siempre delante Rosa é Inés, las detuvo en la ventana la enferma, entablado un

diálogo bastante animado, del que apercibí algunas frases cuando Catalina me permitió acercarme, reducidas á pedirles que la dejaran salir, pues se sentía buena del todo: esto con vivacidad y gracia, cual si en manos de sus hermanos estuviese que guardase ó no cama. Mi aparicion, si bien no repentina para ella, la obligó á interrumpirse y á ponerse derecha. Yo le hice un saludo, á que contestó donosa y sonriendo; y luego todos nos quedamos callados, mudos. Catalina que lo echó de ver, tomó la palabra y dirigiendo la vista y los brazos á la niña y á mí alternativamente, dijo:—Josefa, este caballero es el amigo de Fernando, que ha tenido la bondad de encargarse de la educacion de Emilio y de Carlos. Anoche nos ha sido presentado. Su gracia es don Alfonso Martinez:—y cargó la pronunciacion sobre las últimas letras de mi apellido rompiéndolas entre los dientes, como avellanas. Si bien es verdad que entonces no atribuí á mala parte el modo que tuvo la Catalina de pronunciar mi apellido, tampoco saqué una buena consecuencia de la manera, tono é importancia con que acompañó el acto de mi presentacion, el mas natural y sencillo que puede ofrecerse en la vida.

“Josefa de pié en el poyo de la ventana, vestida con gran aseo, recogido el pelo en lo alto de la cabeza con gracia, cubiertos los hombros con un pañuelo de vivos colores, los torneados brazos desnudos, el talle estrecho y airoso, dividido por el monillo y los pliegues de la ancha saya, la cual mas corta que larga, dejaba entrever dos piecitos delicados, era el objeto sublime de la atencion de todos; pero en particular de mí, que tan embebecido estaba en mi dulce contemplacion, que no eché de ver que Catalina me observaba atentamente, hasta el momento en que alzando la voz en son de marcharse, arrastrando consigo á Rosa, con mas que seriedad, dijo.—No sé á qué te has *perifollado* tanto, Josefa, porque mamá no quiere que salgas hoy al aire frio. Ella la miró, entristeciose, y no replicó palabra. Yo, aprovechando aquella ocasion como por los cabellos, díjele de prisa y mal, que esperaba verla muy pronto restablecida en union de sus hermanas para alegrar los ánimos. Con sonrisa infantil y gracia suma contestó ella todavía con mas prisa:—Yo estoy ya buena, gracias á Dios. ¡Pero quieren que me encierren! Cómo ha de ser!—Y se volvió para lo interior del cuarto corriendo, quizás á maldecir de sus duras carceleras.

“Josefa al cabo, se halló en disposicion de dejar su

encierro, sin peligro, y tuve el placer de verla reunida á sus demás hermanas, en la mesa, en paseos que dábamos de tarde por las guarda-rayas del cafetal; en todas partes, diariamente. Con el tiempo y la continuacion del trato, mi confianza para con las muchachas y sus padres adquiría cierto grado de familiaridad, propia de gente culta y bien criada; y con él tambien me pareció que les levantaban un falso testimonio cuantos les atribuían unas preocupaciones y un orgullo desmedido. Yo no ví al principio en las muchachas mas que franqueza y bondad; bien que nunca les correspondiera con una cosa ni con otra, porque no solo no me era dado, merced á la pasion que abrigaba en el pecho con tanto entusiasmo y que la gratitud me hacía aparecer criminal, sino tambien que advertí en Fernando algun desvío y reserva, y á las veces un aire de superioridad y mando, en medio de aquel dispensarme favores y de aquel advertirme, como para que no cayera en tentacion de enamorarle alguna de las hermanas, con las cuales me encontraba siempre en interesantes pláticas enredado. Tuve entonces ocasion de notar con placer y en provecho de la humanidad, por desgracia tan calumniada, lo que es el corazon de la mujeres abandonado á su propio y natural instinto. Hay en el corazon de la mujer un foco de bondad, amor y poesía, que las instituciones de los hombres, las ideas mezquinas de una sociedad corrompida y estraviada, no pueden del todo apagar; porque á la manera que algunos arroyos que corren por entre breñas incultas, sombreadas de bosques frondosos que los guarecen de los ardores del sol, y que se esconden á las miradas del viajero, por no meter ruido en su curso; del mismo modo la mujer que las circunstancias aislan de un mundo para el cual parece nacida, suele conservar puro y limpio el venero inagotable de afectos grandes y generosos, que revelan la excelencia de la humana creacion. Pero siguiendo la misma comparacion, algo mas aplicable al asunto de que te voy hablando, tú no podrás dejar de convenir conmigo, en que á ese mismo arroyo, tan manso, tan sasegado en su corriente, cuando el hombre, equivocando su mision, reducida á alegrar los bosques por donde pasa, á nutrir y vivificar las plantas que bordan sus márgenes, le pone atajos ó le arrebatara de sus fuentes, para emplearle al antojo en su provecho; acaba por agotarle y precipitarle en el rio, sin nombre quizá ni memoria de su origen.—Entonces la sociedad, engañada tambien, achaca al corazon de la mujer lo que es efecto de la torcida direc-

cion que dieron al venero de sus pasiones. En el río desaparece el arroyo: el mundo es el río que revuelve y desvirtúa sus aguas, que son los afectos de la mujer: acendrados y limpos en la fuente, turbios y de mala ley en su desagüe.

“Perdóname tan larga y cansada digresion, pero me hallo en la necesidad de hacerlo, no solo porqué este es un asunto muy delicado, mas tambien porqué no se diga de mí que calumnio. Si clamé contra el mal, apunté antes la causa; si apliqué el cauterio sobre la llaga, antes consulté los medios lenitivos, que no produjeron efecto. Volvamos á mi historia.

“Había un secreto entre aquella familia y yo, cuyo descubrimiento debía producir, como produjo, un odio terrible; y la amistad, la confianza, alzadas sobre frágiles cimientos, no podían echar profundas raíces. ¡Desgraciado del que fabrica su casa sobre la arena! dijo Jesucristo. La poca confianza que existía entre nosotros, fué desapareciendo á medida que mi pasion tomaba cuerpo, que era con celeridad espantosa.

“Muchas mañanas, antes que amaneciese, amanecía Josefa para mí, que es mi sol, mi luz, mi vida. Muy temprano ella se levantaba y se dirigía al jardin, aunque no siempre sola. Yo, por el postigo de mi cuarto la seguía con los ojos hasta las verjas, y cuando de repente se me ocultaba entre las matas, y de repente volvía á aparecer como una flor de magnitud y hermosura estremada descollando sobre las otras flores; sentía un placer tan vivo, de naturaleza tal, que ni puedo definirte ni es de fácil comprension para los que no le han sentido. Algunas veces Josefa, si no me engaña la presuncion, de ex profeso pasaba tan cerca de mi cuarto, que sentía el ruido de sus ropas, y me quitaba del postigo ó volvía los ojos por no encontrarme con los snos suavísimos y hechiceros, temiendo que me fascinara, como fascinan algunas culebras á los pájaros.

“Así se pasaron largos dias y larguísimas noches de cavilaciones y de tormentoso afan, tegiendo y destegiendo, fabricando castillos encantados ahora, y que mañana debían desplomarse á mi vista. Proseguía, no obstante, en las tareas de maestro, con valor. Los niños, merced á la precocidad de su talento, hacían prodigiosos adelantos, sin que pueda atribuir á otra cosa este milagro; porqué yo, siempre á vueltas con mis amores, no me acordaba de ellos la mayor parte del dia. Bien es verdad, que el uno en particular era la cara misma de Josefa, y creyendo hablarla y diri-

gírla en él, mi esmero y mi afán, crecían de punto; al menos mientras pasaban las cansadas horas en que no me era posible verla á ella. Pero ni aun esto duró mucho tiempo.

“Josefa había recibido una educacion incompleta, bien fuese porque nunca tuvo un maestro capaz, ya porque siendo la mas jóven, la mas querida de la familia, y con este motivo muy mimada, no la hubiesen estimulado á aprender por no enojarla, que es en lo que se cifra el amor mal entendido de algunos padres. Apenas sabía leer ni escribir. Su padre, que me había cobrado un singular cariño, quiso que yo completase la educacion de su hija. Esto fué como poner mi firmeza á prueba. Josefa se resistió al principio, debo creer que por vergüenza de recibir mis lecciones, viéndose ya hecha una mujer; y llegué hasta alegrarme, pues no contaba con ningunas fuerzas para luchar á brazo partido con mis pasiones. ¿Si daba la casualidad que sus manos tocasen con las mías, podía yo responder de mi corazón?—Así sucedió. Habiendo consentido al fin en que fuese su maestro, pasaba dos horas al dia á la sala donde su madre, hermanas y algunas veces Fernando y su padre, me aguardaban, para presidir el acto quizá, en el cual por medio de esfuerzos violentos conseguí durante algunos dias, dominar y como apagar las borrascas que se levantaban dentro de mi pecho. Una ocasion, sin embargo, al entrar en la sala noté que mi discípula estaba sola, pues toda la familia se hallaba en el pasadizo de la calle, registrando las piezas de ropa de un buhonero, que con incansable charla y con sus géneros había logrado llamarles la atencion al punto de no pensar en otra cosa. Yo me detuve en la puerta por un movimiento involuntario. Josefa que me esperaba, me miró y se puso encendida como una rosa. ¿Había adivinado ella el motivo verdadero de mi detencion? Conocía ya su corazón blando é inocente, que el amor me hacía obrar de aquella manera?—Respiré con fuerza, me puse la mano en el pecho, y continué hasta su asiento. Advertí que ella temblaba á medida que me acercaba, semejante al niño que atemorizaron con un espantajo; y su debilidad dándome valor, me hizo sonreír irónicamente.

—Señorita, le dije, ¿será posible que yo no consiga nunca que V. me reciba, si no como su mejor amigo, que viene á admirar su talento y sus adelantos, al menos no como á un maestro severo que se complace en mortificar...? Y me contuve, porque la turbacion y la sangre de su rostro parecían ahogarla.

“Jamás se había ofrecido á mis ojos tan galana y gentil. Vestía un *túnico* de olán batista salpicado de unas florillas azules de cielo y rosadas: el cinturón que oprimía su talle era de raso blanco con preciosos claveles, bordados por ella misma; al hombro traía un pañuelo de punto también blanco y bordado, que dejaba traslucir claramente su blanco seno en una grande agitacion: de las sienes, por detrás de las orejas, le bajaban pegados al cuello dos hermosos tirabuzones, que con cualquier movimiento de su cabeza, ya se le tendían por la espalda, ya se le pasaban al pecho, enredándose con las mallas del pañuelo y los aretes de encendidos corales.—Josefa escribía la plana, seria y con el mayor silencio. Yo la examinaba de piés á cabeza, también serio y silencioso. Hubo un instante en que creyéndome tal vez distraído en otra cosa, levantó los párpados y fijó sus tímidos ojos en los míos, que centellantes é inmutables, estaban clavados en su frente serena y limpia como nuestro cielo. Bajó la vista confundida y escribió una línea mas, sin saber lo que hacía. Yo en un arrebató, so pretexto de enmendarle una letra, le quité la pluma, y escribí á continuacion:—“¿Me amas?”—Entreguésele otra vez, y ella escribió máquinalmente:—“Te amo...”—Y no acabó, porque en aquel mismo momento entraba del colgadizo Inés con una pieza de muselina francesa en los brazos, para consultarle su parecer, pues quería hacerse de ella un vestido. Agarré con disimulo el papel entre las manos, y le hice un ovillo, levantándome en seguida del asiento y poniéndome á dar grandes pasos por la sala, lleno el corazon de fuego, y la cabeza suspendida en el techo de la casa.—Pero Inés quiso también que yo le diera mi parecer acerca de la muselina, y me llamó. Acerquéme pues, temblando, agitado; Josefa bajó la vista y se turbó: ninguno de los dos pudo hablar una palabra: la hermana echando de ver nuestra situacion, prudente y discreta se alejó de nosotros, llevándose la muselina consigo. Entonces, por un impulso desconocido al hombre cuando la pasión le ciega, me alejé así mismo de la discípula sin chistar.—¿Cuál quedaría la inocente!

“Desde aquel instante el horizonte de nuestro amor tomó un aspecto lúgubre, se fué oscureciendo de mas en mas cada dia. En vez de buscarnos el uno al otro, cosa tan natural entre jóvenes que se aman, al contrario, parece que nos huíamos. La causa no era otra, al menos por mi parte, que el temor que abrigábamos de que la familia descu-

briese el dulce comercio de dos almas apasionadas, en mágica é invisible comunicacion. Este es el único medio de explicar aquel recelo con que andábamos, de aquel sobresalto que se pintaba en nuestras frentes, cuando la casualidad nos unía, y aquel sospechar de continuo de la menor palabra, de la mas leve sonrisa que contrajese los labios de los padres ó de las hermanas.

“Una tarde, nos paseábamos por el jardin. Desde la comida había echado de ver en las miradas de Catalina cierta particularidad que me traía lleno de susto y en gran zozobra. Por supuesto, como de costumbre, luego que salimos se colocó á mi derecha, y se apoyó en mi brazo, hablándome con cariño. Todo en ella me inquietaba.—¿Qué puede suceder? dije entre mí, ¿qué se descubra el pastel y me echen de la casa? ¡Y me echen de la casa! repetí hondamente conmovido.—Catalina lo advirtió, y me preguntó riendo, que si resaba. Disimulé cuanto pude, y le respondí, no recuerdo qué cosa. Lo cierto es que pareció quedar satisfecha. El sol se aproximaba al ocaso. Mientras las demás muchachas se entretenían en trasplantar unos claveles, Catalina me llevó al centro de un fresco cenador, formado de coposos naranjos, parras y jazmines de Italia. Sentose en un banco de madera, y yo á su lado máquinamente. Aquella mujer me arrastraba á sí, como el boa al pájaro. Era entonces pálido y sereno su semblante. Asaltome allí un pensamiento terrible, y me levanté con ánimo de huirle. Ella me suplicó que me volviese á sentar, pues tenía que comunicarme un secreto, y quería darme una prueba de amistad y franqueza consultando mi opinion, porqué me creía hombre de juicio y reserva grande. No moví los labios siquiera. Catalina añadió:—¿Conoce V. por ventura al jóven D. M. J. S...?—Mucho: respondí algo mas tranquilo.—¿Dónde le conoció V.?—En los bailes de S. Antonio.—¿No le vió V. el otro dia cuando estuvo aquí á hacernos una visita?—No.—¿Pero V. dice que le conoce?—Pues, le conozco mas bien de nombre que de trato, porqué nuestra amistad nació en los bailes, y no hemos tenido ocasion de frecuentarla.—Lo siento. Ese jóven, como le iba diciendo, está enamorado de una amiga mia, en cuya suerte me intereso mucho. A mi amiga, si vale decir verdad, no le disgusta del todo, y desea antes de comprometerse con una palabra imprudente, saber cual es su conducta; y nadie mejor que V. podía, como hombre y como conocido que es, informarme... ¿Qué es eso, Alfonso? Duda V..? Te-

me V. descubrirme alguna cosa que perjudique al honor de dicho jóven?—añadió ella, viendo que yo bajaba la cabeza, y me distraía jugando con las ramas de los naranjos.—No, señorita, de ningún modo. Bastara media vez que V. me lo suplicase. La estimo demasiado, para no interesarme tanto como V. en la suerte de su... (hermana iba á decir) amiga, para negarle mi parecer si de algo podía aprovechar. Pero es el caso, que mi amistad con D. M. J. I. es de ayer, mal puedo haber observado su conducta, ni estar al cabo de su origen y demás.—V. lo sabe. Lo que tiene es que... V. conoce su letra, y me presentó una carta sin sobrescrito ni mas vocativo que el de *Señorita*. Era una delaracion de amor. Leila con rapidez, y se la devolvió luego luego, respirando, pues á pesar del empeño que Catalina puso en borrar su nombre, que estaba escrito entre las líneas, yo le descubrí al través de las rayas, y no me quedó la menor duda que la amiga y ella eran una misma persona.—Ya veo, le dije, que le interesa á V. mas de lo que pensaba la suerte de esa amiga, y el asunto muda de especie, Señorita. Si he de hablar en plata, con la franqueza que me es característica, digo á usted que conozco muy bien al jóven don J. M. I., y que le creo indigno del amor de su *amiga*. Sí, continué, sin notar que Catalina se ponía de mil colores, indigno de su amor, porqué entregado al juego y á las mujeres desde que salió de las faldas de la madre, mal puede querer ni guardar fé á ninguna señorita de educacion y delicadeza. Aconséjele usted á su amiga, que le dé carpe-tazo, cuanto antes mejor, pues en vez de perder por ello, gana un ciento por ciento.—Aturdida y azorada me echó unos ojos de basilisco, y luego levántose y fuese murmurando entre-dientes:—¿Qué se habrá creído el muy...! Indigno de su amor de usted...! Pues si es un caballero por todos cuatro costados!

“¿Tarde eché de ver la imprudencia mia! Catalina me juró desde aquel momento un odio implacable, y se ha vengado completamente de mí, en despique del desprecio con que traté su apasionado, quien tal vez le hizo aquella su declaracion amorosa por un juguete ó capricho nada mas.

“Ann permanecía en el banco sentado, cuando sentí y apercibí á Josefa, que salía de entre las enredaderas de jazmines, como si hubiese estado escuchando la conversacion, y me levanté con ánimo de alcanzarla, para leer en su rostro la verdad; pero ya se había unido á las hermanas, y

juntos, aunque serios y cabizbajos, llegamos á la casa anocheciendo.

“¡Tarde conocí la imprudencia que había cometido! demasiado tarde para repararla! Una vez declarada la guerra por parte de Catalina, ya no hubo forma de reducirla á buenas. Ora supiese mis relaciones con la hermana; ora le sospechase no mas, pues conocía desde antes mi afición á ella, lo cierto es que puso todo su empeño en mortificarme por cuantos estilos es capaz de mortificar una mujer maliciosa é imprudente. Cargado de pesadumbres y dolores, imaginativo y silencioso, dejaba que el mal tomase cuerpo por momentos, sin curarme del suceso bueno ó malo. Fingiendo alegría en el semblante, cuando el corazón se me caía á pedazos; sufriendo la impertinente charla de Catalina, quien á pesar del odio que me tenía, disimulábale (con tal de hacerme tragar sangre,) mientras la hermosa mia platicaba con otra, ó con otro; y nunca poder sustentar una ilusión, una esperanza por mas de una hora, de un minuto! He aquí el triste estado á que se vió reducido tu amigo durante el largo espacio de seis meses con sus dias y sus noches!

“Una mañana entró á deshora en mi cuarto el señor G... con aire mazorral y duro. Me presentó sin mas preámbulo la cuenta de mis salarios, dijo que le parecía que ya no necesitaba mas de mis servicios, y me dejó como quien ve visiones. No osé preguntarle la causa de semejante proceder: tampoco quise irme sin ver antes á Josefa. Disimulé cuanto pude la vergüenza y el dolor, y esperé con ansia que llegase la noche. Comuniquéle por conducto de la mulata mi desgracia, citándola para las dos de la madrugada en el postigo de vidrio de su ventana. Yo fui puntual á la cita; mas en vano me cansé de esperarla: ella no pareció: allá á los claros del dia sentí crujir una hoja sobre los goznes, me acerco, y cierran otra vez con violencia, echándose á reir en seguida la persona, que no era otra que Catalina.—Te has vengado, dije para mí con el mayor despecho, y mandando ensillar mi caballo, antes que se levantasen en la casa, salí de ella sin despedirme de nadie.

“Josefa me escribió una larga carta asaz sentida, disculpándose de su falta, que no estuvo en su mano, pues Catalina contra la costumbre durmió aquella noche en su aposento; y concluía jurándome un amor sin límites. Desde esta época quedó entablada nuestra correspondencia epistolar, mil veces interrumpida y últimamente interceptada

por Fernando, mi enemigo implacable. En vano he solicitado verla las ocasiones en que Josefa ha caído enferma de amor; en vano se han empeñado personas respetables para que me cedan su mano, pues puedo y quiero casarme con ella. Yo no tengo, es verdad, quitrines y cafetales que ofrecerle, ni recuas de esclavos; pero tengo un corazón puro como el oro, una cabeza que piensa y dos brazos robustos: en este país con tales elementos nadie se muere de hambre. Bien sé que aquí el matrimonio es un negocio de lujo: mas yo no debo sujetarme á los caprichos de una sociedad vanidosa, porque eso sería sancionar con mi ejemplo un principio perjudicial, de serias trascendencias.

“¿Sabes lo que contestó la familia á mi proposición?—Que yo era un hombre *oscuro*, de un apellido vulgar; que aunque pudiera casarme desde luego, ellos no habían criado su hija para tales maestricos; que había sido un *desleal* abusando de la confianza con que me brindaron en la casa, por donde se echaba bien de ver la bajeza de mi origen. ¿Quieres mas insultos, amigo mio? Hay cosa mas santa, ni mas legitima que el amor de dos criaturas, que, como decía Tasso, sacaron una misma suerte de la urna invisible? En un pueblo como el nuestro, compuesto de unos elementos tan heterogéneos, ¿no te parece un absurdo, y hasta ridículo, eso de atribuir á deslealtad una declaración de amor semejante á la mia? No te parece que retrogradamos á las creencias y costumbres de los tiempos feudales? No comprendes porqué se achaca á deslealtad mi declaración de amor?—La fortuna, ya que no la clase, me colocó un poco mas bajo que mi amada; de mi infancia no cuidaron esclavos; en mi adolescencia no me aturdieron las adulaciones, ni los plácemes de parientes numerosos, y por consecuencia, al querer levantarme, aspirando á la mano de la hija de un señor, no se han parado á considerar la intencion que me mueve, la pasión que me consume, sino que partiendo de un principio falso, ciegos de orgullo, no han visto en esto mas que un ataque á la propiedad, al rango de la familia, y desde luego me han opuesto una resistencia terrible. Yo no les pedía mas que esa niña preciosa, cuyo corazón y cuyos sentimientos difieren en todo de los de su familia, y me la han negado con brutalidad inaudita. Podía arrebatárlas su tesoro, reclamando el apoyo de las leyes, que afortunadamente están en contradicción con el orgullo de los señores; pero jamás he querido el escándalo, ni meter ruido. No por ellos, que al cabo no me merecen nin-

gun género de consideraciones, sino por la inocente y mansa niña que no podría sobrevivir á la desgracia, si no salía airoso de mi arrojó.

“Interceptada nuestra correspondencia, como digo, se han cometido en Josefa con gran disimulo, las mayores violencias que pueden imaginarse. Esta familia hipócrita, aprieta con efusion la mano que desea cortar, besa la frente que desea ver dividida de los hombros. Josefa me oculta el mal trato que le dan, y cual otro mártir sufre los tormentos. Aun no le han tocado al pelo de la ropa. ¡Dios los libre de llevar su brutalidad á este extremo!—Fernando, no contento con hacer sufrir á la inocente, habiendo tomado sobre sí el cargo de vengar el honor una vez ultrajado de la familia, me provoca á un desafío á muerte, que repueban las leyes, la moral cristiana y mi propia conciencia. ¿Quién sabe lo que sucederá? El puede acometerme como caballero; pero si me asalta como asesino, tendré que defenderme, y el resultado, Dios y el tiempo dirá.

“Aquí tienes, amigo mio, en pocos renglones cuanto me ha sucedido de nuestra separacion acá. Medita con el corazon ó la cabeza detenidamente, sobre todo lo que te llevo referido; nada me importa el cómo medites, lo que me interesa mucho, es que me des cuanto antes tu opinion, pues estimo tu juicio en su justo valer, y no quisiera decidirme sin que tu aprobacion ó desaprobacion me conforte ó mate. De todos modos cuenta por tuyo, amigo veraz y leal hasta que el cielo ó los hombres dispongan de la vida del infeliz—Alfonso Martinez.”

¡Pues la hemos hecho buena! dije para mí, guardando otra vez los papeles en la gavetica. ¿Dónde está la *Cruz negra*, tan decantada? Harto vengado te has de mi importuna curiosidad, añadí, observando á mi amigo que roncaba como un prior, tendido de largo á largo. Y me acosté por ver si dormía siquiera lo que quedaba de la noche.

Al otro dia bien temprano, sentí que me sacudían el catre; despierto, y me topo de manos á boca con mi amigo Eugenio, que de pié, ya vestido y con el sombrero de paja encasquetado, me decía riendo:—¡Eh Señor Sansueña! Arriba, perezoso! ¿Quiere usted podrirse en esa cama? Vamos á estirar los huesos por las guarda-rayas del cafetal, ahora que la neblina está refrescando la atmósfera y la tierra. Arriba!—Y sin esperar á mas me vestí tambien, y salimos por donde él quiso llevarme.

—¿Qué has sacado en limpio de aquellos papeles?

añadió por el camino viendo que yo le seguía cabizbajo y silencioso.

—Nada entre dos platos, le respondí.

—Pues en la gavetica están casi todas las cartas y las prendas de entrambos amantes, de quienes por estraños juicios de Dios vine á ser el depositario.

—Es verdad; pero de la última carta de Josefa, no he podido sacar otra cosa en claro, mas que la cita que le hace á su amante para las siete de la noche en la esquina de la cerca, violentada y aun mal tratada por su familia. La del galán se reduce á contarle sus cuitas, padecimientos y dudas, á un su amigo de la Habana; de suerte que, hablando en propiedad, me he quedado como antes, con la negada entre el cuerpo, segun dicen los escolásticos.

—El desenlace de esta tragedia me toca á mí, continuó Eugenio, dando cierto tono de seriedad é importancia á sus acciones y palabras. Segun lo declara Josefa en su última carta, habíale dado una cita nocturna á Alfonso con ánimo de escaparse con él. Este, concurre una hora antes, prevenido y resuelto á arrancarla por la fuerza si fuese necesario, del dominio de sus crueles y tiranos padres. Ella, burlando la vigilancia de la familia, logra llegar al sitio prefijado, media hora después, y en vez de abrazar á su amante, encuentra el cadáver cubierto de sangre y de heridas. Había caído al pié de la misma palma, donde luego se le erigió una *cruz negra* por sepulcro, y al tronco de la cual se había abrazado con las agonías de la muerte. Susurróse por todo el partido que le habían asesinado por robarle unos ladrones.

—¿Y Fernando?

—Fernando salió al mismo tiempo de la isla, y dicen que está viajando por Europa.

—¡Pobre Alfonso Martínez!

—Mira tú si la familia de Josefa tiene porqué asustarse al oír el apellido de Martínez.

—Una *cruz negra* es la única losa que guarda y conserva su memoria sobre la tierra. ¡Pobre mozo! desgraciada mujer! ¿Quién me dirá que un corazón tan amante como el de Josefa no llevará en su seno todo el tiempo que dure su trabajosa vida el cáncer de su desgraciado amor, enfermedad terrible que le hará morir sin haber vivido? ¡La cruz sea tu consuelo, y el cielo no permita que se desplome sobre tí en el verdor de tus años!

Pansueña.

LA OBRA

MAESTRA ANONIMA

Un día en que el célebre pintor Rubens recorría las cercanías de Madrid, entró en un convento de reglas muy austeras, y notó con sorpresa en el humilde y pobre coro del monasterio, un cuadro que revelaba el talento mas sublime en su autor. La pintura representaba la muerte de un monje. Rubens llamó á sus discípulos, les enseñó el cuadro y todos participaron de su admiracion.

—¿Y quién puede ser el autor de esta obra? preguntó Van Dychk, su discípulo favorito.

—Un nombre había escrito debajo del cuadro, mas ha sido cuidadosamente borrado, respondió Van Zhulden.

Rubens hizo suplicar al prior que viniera á hablar con él, y le preguntó el nombre del artista que excitaba su admiracion.

—El pintor no existe ya en el mundo.

—¡Muerto! exclamó Rubens, ¡muerto..! y nadie le ha conocido hasta ahora, ninguno ha anunciado con admiracion su nombre que debía ser inmortal, su nombre á cuyo lado tal vez se oscurecería el mio! Sin embargo, añadió el artista con noble orgullo, sin embargo, padre mio, de que soy Pablo Rubens.

Al oir este nombre, el rostro pálido del prior se animó con un fuego desconocido y fijó en Rubens sus miradas que revelaban mas que una simple curiosidad. Pero esta exaltacion no duró sino un instante. El monje bajó los ojos, cruzó los brazos que había levantado hacia el cielo en un momento de entusiasmo, y repitió:

—El artista ya no existe en este mundo.

—¡Su nombre! padre mio, su nombre! Haced que pueda yo revelar al universo, que pueda darle la gloria que merece.

Y Rubens, Van Dichk, Jaigues, Van Thalden, sus discípulos, casi iba á decir sus rivales, rodeaban y suplicaban al prior ahincadamente nombrase al autor de el cuadro. El monje temblaba, un sudor frio corría de su frente sobre

sus flacas mejillas, y sus labios se contraían convulsivamente, como próximos á revelar el secreto.

— ¡Su nombre, su nombre! repitió Rubens.

El monje hizo con la mano una señal solemne.

— Escuchadme, dijo; me habeis entendido mal. Os he dicho que el autor de este cuadro no está en el mundo; pero no por eso he querido decir que haya muerto.

— ¡Bien...! ¿Vive? Haced que le conozcamos, enseñádnosle.

— Ha renunciado á las cosas de la tierra. Está en un claustro y es monje.

— ¡Monje, padre mio; monje! decidme en cuál convento, porqué es necesario que salga de él! Cuando Dios distingue un hombre con el sello del genio, no es justo que este hombre se separe en la soledad. Dios le ha confiado una mision sublime; menester es que la llene. Nombradme el claustro; yo iré á sacarle de él y revelarle la gloria que le espera: si se niega á ello, haré que el santo padre le mande volver al mundo y que vuelva á tomar sus pinceles. El Papa, padre mio, me estima, y oirá mi súplica.

— Yo no diré su nombre ni el claustro donde se ha refugiado, respondió el monje con resolucion.

— El Papa os lo mandará, replicó Rubens desesperado.

— Escuchadme, dijo el monje, escuchadme en nombre del cielo. ¿Creeis que ese hombre antes de abandonar el mundo y de renunciar á la fortuna y á la gloria no habrá luchado fuertemente contra semejante resolucion? ¿Qué amargos desengaños, qué crueles dolores, no habrán sido necesario que sufra, para que reconociera al fin, dijo golpeándose el pecho, que todo en la tierra no es mas que vanidad! Dejadle pues morir en el asilo en que se ha refugiado huyendo del mundo y sus desesperaciones. Por otra parte, vuestros esfuerzos no lograrían nada: esta es una tentativa de que él saldría victorioso, añadió haciendo el signo de la cruz, porqué Dios no le retirará su socorro. Dios que en su misericordia se ha dignado llamarle á sí, no le arrojará de su presencia.

— Pero, padre mio, ved que lo que renuncia es la inmortalidad.

— La inmortalidad es nada junto á la eternidad.

Y el monje cubrió su rostro con la capucha, y mudó de conversacion, de modo que impidiera á Rubens insistir mas en sus pretensiones.

El célebre flamenco salió del claustro con el séquito de

sus discípulos, y todos volvieron á Madrid silenciosos y pensativos.

El Prior, de vuelta en su celda, se arrojó en la estera de paja que le servía de lecho, é hizo á Dios una ferviente oracion. En seguida reunió los pinceles, los colores, el bastidor que estaba en la celda y los arrojó al rio que corría por debajo de sus ventanas. Miró algun tiempo melancólicamente el agua que se llevaba estos objetos, y cuando desaparecieron volvió á orar sobre su estera de paja y delante de su crucifijo de madera. (Traducido.)

CORNEILLE

Pedro. Nació en Roma en 1606, y murió en París decano de la Academia en 1684. Montesquieu le comparaba á Miguel Angel, y á Racine con Rafael. Su aspecto no hablaba en su favor y él lo conocía. Se elevó sin modelos al auge de lo sublime; dictó reglas al buen gusto, y fué el padre de la tragedia francesa, notándose su ingenio por fuerte y elevado, aunque en la pureza de la diction le ganó Racine. También hizo excelentes comedias, como la del *Mentiroso*, imitacion del español. Sus mejores tragedias son *Rodogunna* y *Cinna* y tambien el *Cid*, los *Horacios*, *Polyeucte*, *Pompeyo*, *Heraclio*, *Edipo* (muy criticada) y *Sertorio*; y aun en las últimas tragedias de su cansada edad, suelen encontrarse las centellas de su ingenio. Su estilo siempre nervioso, era tierno y delicado en las ocasiones.

En tiempo de Corneille daban los españoles en su lengua sonora y mas que todas magestuosa la ley en literatura á las demás naciones, y Ana de Austria la introdujo y extendió en Francia.

No pretendemos hacer un paralelo entre Corneille y Racine, sino únicamente dar una breve reseña de las obras de estos dos célebres trágicos franceses, para que los jóvenes no pierdan su tiempo estudiando las poco sobresalientes. Por otra parte, ya aquel trabajo está hecho y no podemos dejar de caer en inútiles repeticiones.

RACINE.

Juan. Nació en la Ferté-Milon en 1639, noble, educado en Port-Royal-des-Champs, y murió en 1699 de la pena que le causó haber perdido la gracia del Rey. Tuvo sobre Corneille la ventaja de vivir entre las gentes de la corte. Es el mas puro, elegante y armonioso de los poetas franceses; fué su Virgilio en la estension de la palabra. Es el ingenio por excelencia de la Francia, y solo lo dudan las gentes de carácter áspero y salvaje. Le critican haber celebrado á Luis XIV, al gran Rey de los franceses, y tambien que en sus tragedias enerva á su héroe haciendo dominar en él demasiado el afecto del amor. Su gran reputacion comenzó al publicar la *Andrómaca*, pues á pesar de haber ahí tres distintas clases de amor trágico, todo se refiere al matrimonio de aquella con Pirro. Admira en su *Británico* la habilidad con que pinta y desarrolla sus caractéres: al arte de Tácito, esta pieza reúne el de Virgilio, y la existencia en ella de Agripina y de Neron, á pesar de sus crímenes, es un rasgo maestro. Aunque en *Berenice* la versificación sea noble y armoniosa, no es la materia sublime y terrible; así mas que tragedia es una elegía: dicen que tomó á Enriqueta de Inglaterra por sujeto. En *Bajazet* hay retratos y pinturas bellísimas. *Mitridates* es el retrato fiel de este gran personaje y tiene un estilo bien sublime; parece se propuso entrar en liza con Corneille. La *Ifigenia* y la *Fedra* son sus mejores obras; no hay con quien compararlas. Ni Dido igualará la última: el gran Virgilio tuvo ya competidor y competidor que le venció. Seguramente en la *Ifigenia el amor no enervó al héroe*. Su *Ester* representada por las señoritas de S. Cyr, encantó á cuantos la vieron, y su *Atalia* sacada del cuarto libro de los reyes, es una obra maestra. Su comedia los *Plaideurs*, (litigantes) sobre las costumbres de aquel tiempo, que hoy casi se desconocen; aunque ha perdido de su mérito, se conserva en el teatro como igual á las de Molière.

